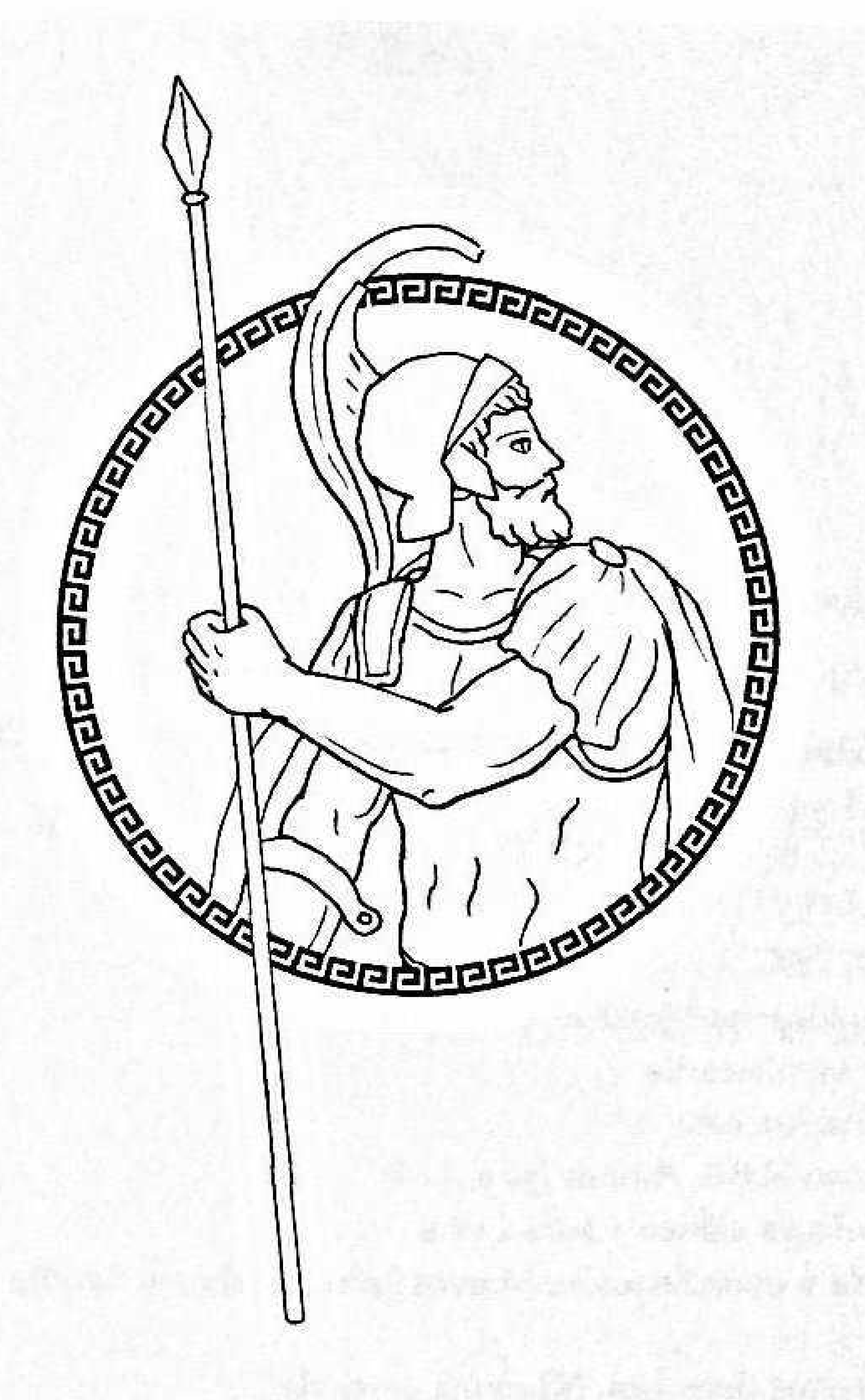
EL ASTUTO ULISES



GREDOS

EL ASTUTO
ULISES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori
Fotografías: archivo RBA, Album (pág. 114)
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8896-7
Depósito legal: B 21179-2017

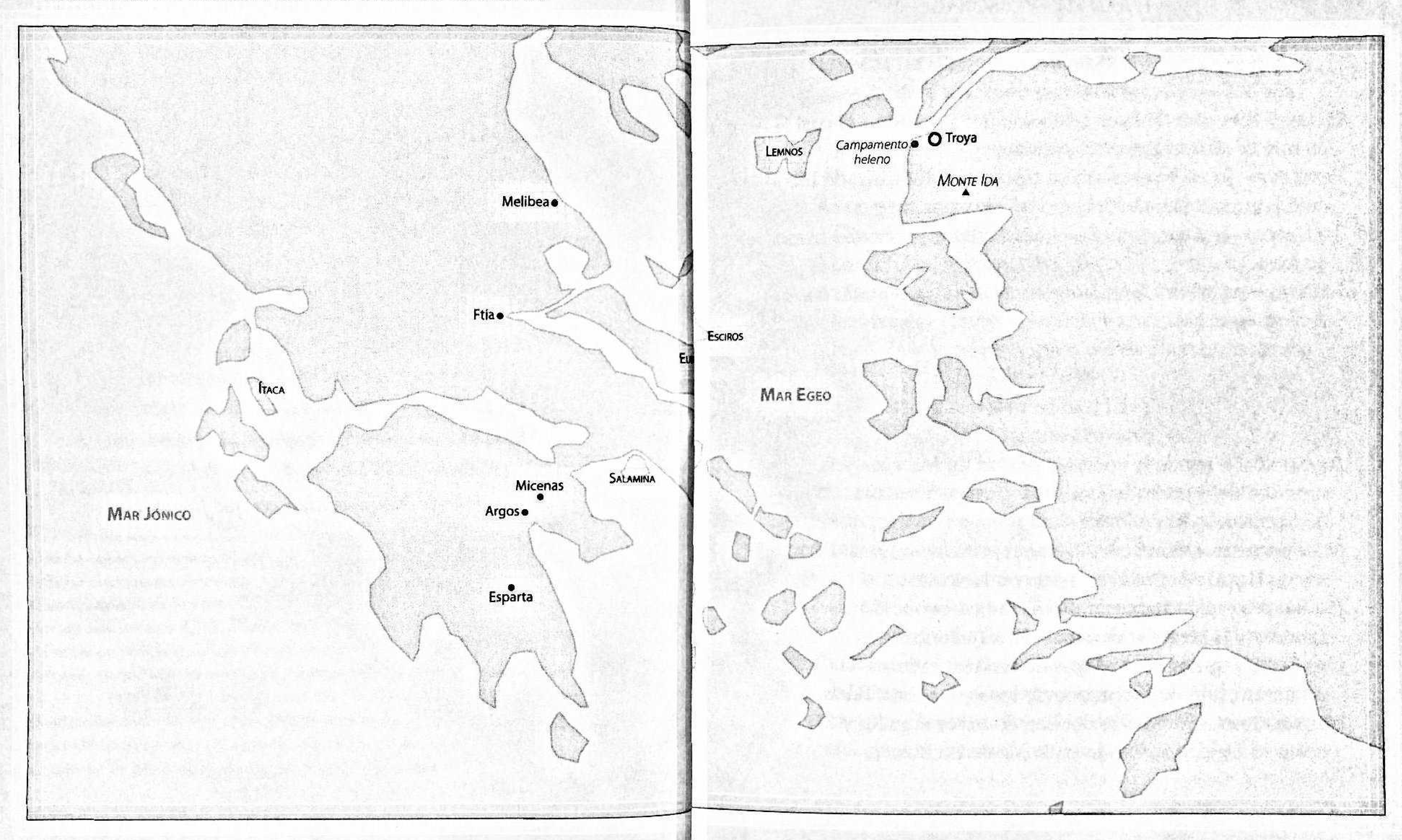
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Dispuestos ya muchos a ir a la guerra,
se dirigieron también a Ulises de Ítaca.
Este, que no quería participar en la expedición,
se mostró como enajenado, pero Palamedes,
hijo de Nauplio, hizo ver que fingía.

Epítomes, Apolodoro

LUGARES DE ORIGEN DE LOS HÉROES HELENOS



Dramatis personae

Los de Ítaca

ULISES – soberano de Ítaca, celebrado por su ingenio, al cual recurre el ejército heleno a menudo.
PENÉLOPE – joven y perseverante esposa de Ulises, hija de Icario de Esparta y prima de Helena.
TELÉMACO – hijo pequeño de Ulises, único heredero del trono de Ítaca.
LAERTES – padre de Ulises, antiguo rey de Ítaca, retirado tras abdicar en su hijo.

El bando heleno

AGAMENÓN – rey de la poderosa ciudad de Micenas, jefe supremo del ejército heleno en la guerra, hermano de Menelao.
MENELAO – marido afrentado por el príncipe troyano Paris, rey de Esparta por matrimonio con Helena.
PALAMEDES – príncipe de la isla de Eubea, conocido por su agudeza y la creación de muchas invenciones.
DIOMEDES – guerrero de Argos de carácter indomable y valeroso, hijo de Tideo, uno de los siete contra Tebas.
NEOPTÓLEMO – joven hijo del llorado héroe Aquiles y la princesa Deidamía, criado en la isla de Esciros.

FILOCTETES – rey de Melibea herido en el viaje de ida a Troya y abandonado por los suyos en la isla de Lemnos.
CALCANTE – poderoso adivino que aconseja a Agamenón.
ÁYAX – príncipe de Salamina, conocido como el Grande, a la muerte de Aquiles disputa sus armas con Ulises.
ATENEA – diosa de la sabiduría y la estrategia, favorece al bando heleno por animadversión a Paris, que le negó la manzana de Eris, la discordia.

El bando troyano

HÉLENO – hijo de Príamo de poderosas capacidades adivinatorias a favor de la devolución de Helena.
PARIS – tercero en la sucesión de Príamo, causante de la guerra por el rapto de Helena de Esparta.
DEÍFOBO – príncipe troyano, heredero del trono y general del ejército como sucesor de Héctor.
PRÍAMO – anciano rey de Troya, célebre por su benevolencia y su extensa prole.
HÉCTOR – heredero del trono de Troya y comandante del ejército defensor, muerto por Aquiles.

1

La locura de los hombres

El viento hinchaba la vela, repiqueteaban los cabos en lo alto, caracoleaban a ambos lados las espumosas olas cortadas por la proa según seguía el navío el derrotero que el timonel iba trazando. Adelante, en medio de las frondosas arboledas de la escarpada Ítaca, despuntaba la cima del monte Nérito, que levantaba la isla sobre las aguas semejante al espinazo de un monstruo marino colosal. Sorteando los primeros escollos, el navío rectificó hacia el golfo de Molos, que quedaba al este. En busca de la capital, situada a resguardo en una bahía recóndita, tendió lentamente el bajel tripulado por los avezados marineros de Eubea, pero con presencia notable de aguerridos espartanos, pues, bien erguido en cubierta, escudriñando la costa con ansia por desembarcar, navegaba el rey de Esparta.

Era Menelao de cabellos claros a diferencia de su hermano mayor, el poderoso Agamenón de Micenas, si bien en todo

lo demás se le parecía —la piel curtida, las anchas espaldas, los ojos pequeños y brillantes—. También se asemejaban en lo relativo al trato, salvo en que el menor era menos rudo. Tal vez como reflejo del ánimo de cada uno, mientras que era difícil aventurar el pensamiento de Agamenón, no lograba Menelao esconder el suyo. Declaraba ahora su rostro, congestionado por el enojo, las amargas circunstancias que lo movían a recorrer la Hélade en pos de aliados.

Bien conocía a su hermano y no se engañaba ante la indignación y el amor fraterno que le mostraba. Si en aquel momento de necesidad había dispuesto para él todo lo que fuera necesario, sin condición alguna, en virtud del extraordinario poder que lo distinguía entre los helenos, era menos en respuesta al ultraje sufrido por su linaje que por aprovechar la oportunidad que se presentaba a su ambición. Aun así —se decía Menelao—, aunque en el fondo no fuera él más que un mero instrumento, no podía rechazar el arreglo si a cambio recuperaba el honor y a su esposa Helena, la mujer más bella del mundo.

La nave se adentraba ya en la alargada bahía que hendía, cual punta de flecha, la costa sureste del golfo. Se estremeció Menelao al verse recogido por el abrazo sereno de las laderas esmeralda y el murmullo cada vez más quedo de las aguas, al tiempo que aparecía al fondo la ciudad de Ítaca, desperdigada por la orilla y luego remontando las colinas hasta la cresta, en la cual relumbraban los muros del palacio del soberano. Desde aquella morada, construida encima de la casa del antiguo rey Laertes, gobernaba sabiamente en su isla y en las tributarias Same, Duliquio y Zacinto el notorio por su astucia Ulises. Advirtió Menelao la llegada a su lado del

capitán del barco, el juicioso Palamedes, príncipe de Eubea, un hombre de tez pálida y ojos grises, muy alto y enjuto, que a menudo encorvaba la espalda para no sobresalir en exceso entre quienes lo rodeaban. Como eran amigos de largo tiempo atrás, le había pedido Menelao que lo acompañara en la embajada, pues si había entre los helenos un ingenio comparable al del monarca que iban a visitar, era el de Palamedes.

Había concebido el príncipe eubeo ideas muy sorprendentes, algunas para el esparcimiento —juegos de azar o de ingenio— y otras para solventar problemas prácticos, como mejorar la visibilidad nocturna de la línea costera con sistemas de iluminación o calcular pesos con más exactitud. A raíz de sus viajes, que hacía tanto por motivos de aprendizaje como de comercio, había conocido pueblos al otro lado del mar que habían inventado hábiles modos de representar los pensamientos a través de símbolos. Él había adoptado aquellos que le parecieron útiles, a los que había incorporado otros de su propia creación. Organizaba gracias a ellos los almacenes de su padre con un orden preciso, en el cual todos los bienes estaban identificados y contabilizados en placas de arcilla secada al sol que se prendían en los cestos de mimbre y en los sacos, o se pintaban directamente en las ánforas, las cráteras y las jarras. También tenía así bajo control la marinería y la tropa, las naves y las armas, y contaba las bajas en el combate.

Había intentado enseñarle unos pocos signos a Menelao en la creencia de que aquel método de plasmación de ideas podía servir también para comunicarse a distancia sin la menor alteración del mensaje por parte del mensajero. Tuvo

que desistir pronto, no obstante, ante la evidencia de que el espartano no tenía paciencia para completar su instrucción. Tal vez tuviera más éxito con otros caudillos más inclinados a las novedades y al ejercicio de la mente, como el famoso Ulises de Ítaca, pensaba el príncipe de Eubea.

Les pareció extraño a los dos dignatarios que, según distinguían conforme se acercaban al muelle, les esperara un heraldo en lugar del soberano o de su padre, Laertes. Seguro que habían avistado su aproximación desde el sur de la isla y Ulises estaba al tanto de su llegada. Debía tener noticia asimismo acerca de las delegaciones que partían de Micenas en dirección a los reinos de quienes habían dado su juramento en Esparta ante la tumba del caballo. Sin duda sabía que tarde o temprano una de ellas arribaría a sus costas. Lo unía con Menelao una tierna amistad. Suyo había sido el brillante ardid que había logrado resolver el problema del rey Tindáreo a la hora de otorgar la mano de su hija. Aunque no hubiera sido él quien lo escogiera entre todos los pretendientes, sino la misma Helena —pues en ello consistía la brillantez de la argucia—, consideraba el espartano que le debía su matrimonio.

Tan pronto como desembarcaron, el heraldo condujo a los próceres, seguidos de su escolta de compañeros y amigos, a través del ajetreo del puerto y las callejuelas que serpenteaban colina arriba. A medida que ascendían entre el desorden de casas blancas reparaban los embajadores en las miradas torcidas y los gestos huidizos de los itacenses al verlos pasar, comerciantes de puestos callejeros y compradores, artesanos a la puerta de sus talleres, mujeres que portaban agua o cestos, o conducían niños de camino a alguna parte. En

ningún lugar era bien recibida la visita de los enviados de Micenas, pues la impulsaban vientos de guerra, y, por mucho que algunos ansiaran gloria y aventuras, en mayor medida se debían a sus esposas, a sus hijos, a sus ancianos padres y en el momento de la partida veían sus corazones despedazados por fuerzas contrapuestas.

El magnífico palacio del rey de Ítaca estaba rodeado por un cerco de murallones y almenas, con un pórtico de pesadas puertas de dos hojas. Por allí condujo a la comitiva el heraldo en silencio. Un gran perro guardián de hermoso pelaje se alzó para estudiarlos con ojos penetrantes, la cola enhiesta. La enorme mansión se erguía intramuros. Dentro, al otro lado de un patio columnado y después de un vestíbulo de suelo pulido y amplios portalones, llegaron finalmente al gran salón, al fondo del cual aguardaba el viejo Laertes sentado en el trono, con Penélope a su lado, de pie. Ulises seguía faltando. Se alzó el venerable anciano para hablarles apenas hubieron ocupado la sala:

—Noble soberano de Esparta, hijo de Atreo, yerno de Tindáreo, no ha conocido mayor honra esta casa que la distinción de acogerte, junto a la ilustre compañía que llevas contigo. Reponeos del viaje con las sabrosas viandas y el vino de la tierra itacense.

Menelao y Palamedes intercambiaron gestos de deferencia con él y luego, destacándose del grupo, avanzaron unos pasos hacia el trono. Dijo Menelao:

—Egregio Laertes, célebre es tu hospitalidad desde los tiempos de mi padre y gran contento me trae el comprobar que tal fama no va a disminuir. Es por ello por lo que te pido disculpas, pues no está en mi ánimo causarte ninguna

ofensa cuando te digo cuán peculiar nos resulta la ausencia del rey Ulises. Hemos venido hasta aquí para recordarle el juramento, nacido de su perspicacia, que ligó los destinos de los pretendientes de Helena de Esparta cuando prometimos que aceptaríamos el marido que ella escogiera y que tomaríamos las armas para defenderlo de quien lo amenazase. Mucho nos ha fallado la fortuna si, coincidiendo con esta grave embajada, él está ausente.

Laertes se dispuso a responder, pero, antes de que pronunciara ninguna palabra, se dio cuenta Palamedes de que dudaba y quería buscar a Penélope con la mirada pero se contenía para evitarlo. El gesto de ambos había mudado: estaban pálidos y con la frente surcada por las arrugas de la aflicción.

—Mi hijo no está ausente, aunque lo cierto es que tampoco se encuentra entre nosotros —contestó con voz queda el antiguo rey, y luego pareció que perdía el aliento y que el propio intento de aclarar lo enigmático de su respuesta le atenazaba la garganta.

Al ver Penélope el sufrimiento de su suegro, hizo al fin oír su dulce voz, aquella que tiempo atrás sedujera al príncipe itacense que después sería su esposo.

—El rey está indispuesto —dijo—. Y no es posible saber cuándo se recuperará ni si conseguirá hacerlo algún día.

Muy entera se mantuvo al hacer tan amarga revelación, aunque las manos, que tenía unidas, le tremolaban y confesaban su esfuerzo. Menelao sintió un vuelco súbito en su corazón, tal como tantas otras veces en el campo de batalla al ver derribado por arma enemiga a un compañero querido.

—¿Qué mal le aflige? —preguntó Palamedes.

Penélope tragó con dificultad. Percibieron todos su dolor al hacerlo y también que solo por ese medio lograba detener la explosión del llanto antes de que tuviera lugar.

—No es un mal del cuerpo, sino de la mente. Un mal invisible, de síntomas inciertos, cuya naturaleza impide que el enfermo cuente qué le duele y, por tanto, que sepamos cómo curarlo. Sigue su rostro siendo el de siempre y la acogida de sus brazos todavía conmueve, sin embargo, el Ulises que conocimos, el hombre astuto y valeroso que admirasteis, ya no está. Lo revelan sus ojos.

Tal diciendo, quedó callada y con la mirada extraviándose quizás en el recuerdo de un pasado feliz.

—¿Podemos verlo? —añadió el de Eubea.

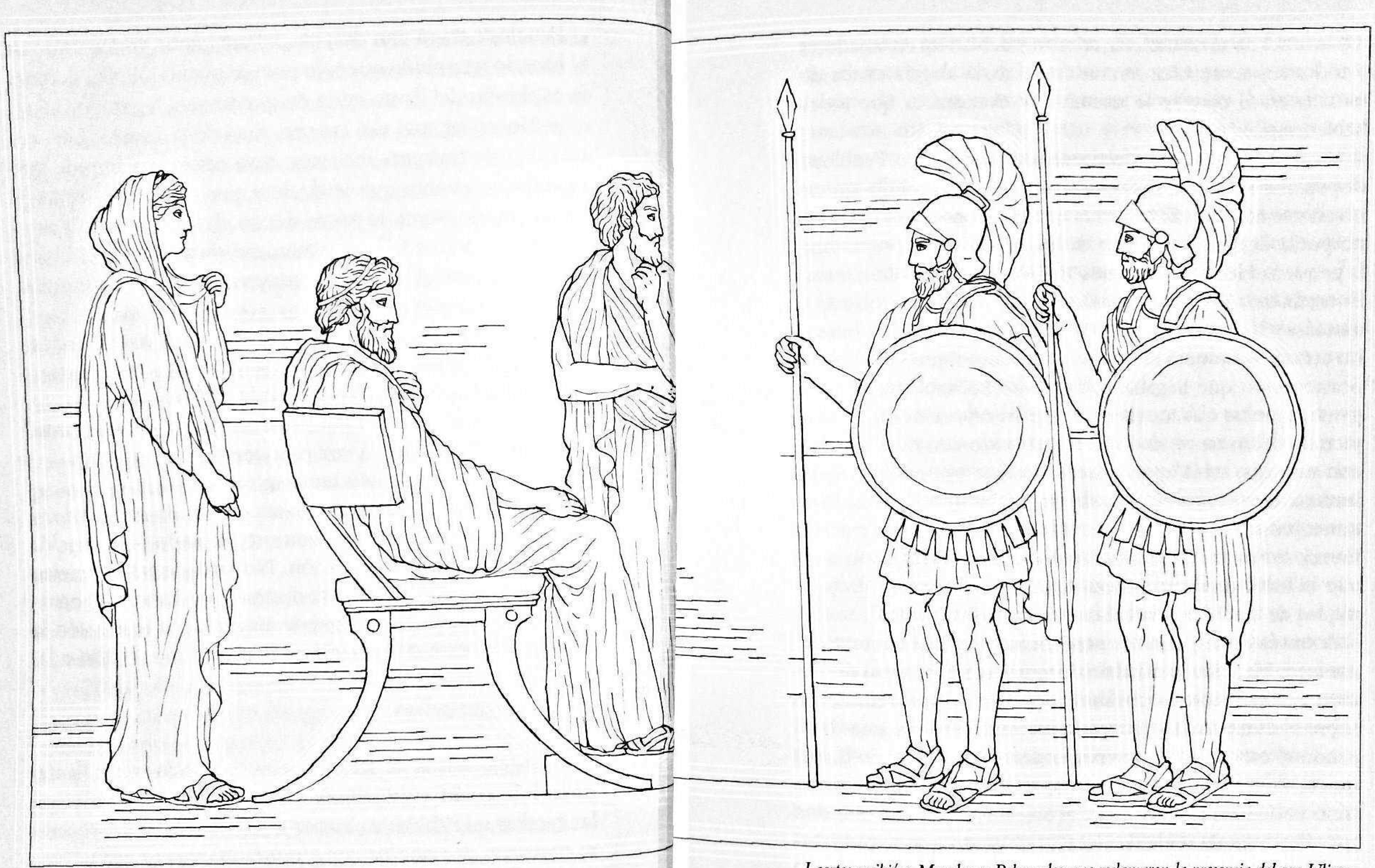
Su insistencia hizo que Penélope volviera con brusquedad al presente. Recia alzó la voz para contestar:

—Os pido que excuséis también mi retiro.

Se dio la vuelta, haciendo volar la falda de su vestido, y después se alejó con paso presuroso, dejando a su espalda un murmullo de consternación. No pudo evitar Menelao volverse hacia Palamedes con disgusto por haber importunado a la reina, en tanto que este, impasible, la seguía con la mirada conforme desaparecía en la puerta que llevaba a las estancias interiores.

◦◦◦

Corrían en brazos de los sirvientes las bandejas rebosantes de lechón asado, cuya sabrosa carne se había aderezado con las hierbas que daban su aroma a toda la isla, y los coperos se desvivían por que las copas nunca estuvieran vacías. Bajo el porche emparrado, donde las uvas maduras brillaban,



Laertes recibió a Menelao y Palamedes, que reclamaron la presencia del rey Ulises.

rezumantes de su rico néctar, comían y bebían los embajadores y todos sus acompañantes, sin embargo, la alegría estaba de retirada en el convite lo mismo que el monarca que todos habían venido a buscar.

Viendo Menelao las afectuosas atenciones que Penélope dispensaba a su hijo Telémaco, que había cumplido apenas un año, se embravecía la herida que tenía en su alma, porque no podía dejar de oír el eco de los llantos de su propia hija, la pequeña Hermíone, cuando reclamaba a su madre. Le dolía también la mirada de la niña, que lo observaba como a un extraño y lo rechazaba cuando intentaba tomarla en brazos. Lo arrasaba entonces el mismo abatimiento que sentía en las ocasiones en que llegaban a sus oídos las habladurías de la gente, aquellas que aseguraban que su esposa no había sido víctima de un rapto, sino que se había ido con otro hombre, con uno que sabía apreciarla. Aunque se pretendía ciego y sordo a esos rumores, cada día le calaba más la duda lacerante: ¿cómo era posible que, habiendo sido obligada por la fuerza, se llevara Helena sirvientas y posesiones? ¿Con todo ello la había arrastrado fuera de su casa el troyano Paris en medio de la noche y la había metido en un barco?

A través de la palpable incomodidad del banquete, Palamedes y Menelao se miraban de tanto en cuanto con discreción. Habían tenido ocasión de departir en sus habitaciones sobre el curso de los acontecimientos y parecían estar buscando el momento de intervenir de nuevo. Fue el de Eubea quien, llegado cierto momento, se dirigió a Penélope en tono conciliador.

—Distinguida reina de Ítaca, es obligado que te pida disculpas por mi torpeza. Tan grande ha sido que nadie podrá

reprocharte que no las aceptes. El entusiasmo por hallarme en esta mansión majestuosa y el ansia por conocer a su dueño, de quien cantan alabanzas sin fin los helenos más preclaros, me ha vuelto ciego y estúpido. Me avergüenza mi falta de respeto, pero al mismo tiempo me alegra que mi amigo, el soberano de Esparta, no se haya ahorrado el deber de echármela en cara y que tampoco tú la hayas tolerado poniéndome inmerecidamente al amparo de las leyes de la hospitalidad. A los dos os doy las gracias.

Penélope, con Telémaco en el regazo, no dio más respuesta que un movimiento condescendiente de la cabeza. Desde su distinguido sitial, Laertes se mostró complacido. Entonces fue Menelao quien quiso hablar.

—Palamedes, sabemos que eres honorable pero que a veces te pueden tus muchos afanes. Saludo tus palabras y te invito a hacer algo más que disculparte. Malos amigos seríamos de quienes decimos apreciar si, al hallarlos en apuros, nos damos la vuelta para volver a nuestros ruines asuntos y los abandonamos a su albur. Más bien deberíamos ofrecer nuestros brazos, esforzarnos en ser de ayuda en aquello que hiciese falta. —Se alzó de pronto, enardecido por su propio discurso—. Yo digo que, durante el tiempo que sea necesario, sin reparar en cuánto nos aparte de nuestros quehaceres, nos pongamos al servicio del noble Laertes y de la exquisita Penélope, reina de Ítaca, en cualquier tarea que ellos nos pidan. Que brinden conmigo quienes estén de acuerdo.

Alzó la copa y toda la concurrencia le fue detrás con un bramido de entusiasmo que se elevó sobre el patio, desbordó los muros y se derramó por la falda de la colina hacia las calles de la ciudad. Y a pesar de ello, en los rostros del padre de

Ulises y de su joven esposa no apareció el menor asomo de alivio, sino todo lo contrario: la sombra de la desazón.

◇◇

Efímeras perlas de rocío moteaban las briznas de hierba, las hojas y los pétalos de las flores de los jardines a la hora en que se alargaban los rosados dedos de la aurora. Los pájaros más madrugadores llenaban con sus cantos los pasillos y las estancias del palacio, en cuyo interior se iban perfilando de nuevo los volúmenes y recuperaban los colores su vigor.

Menelao ya estaba despierto cuando estalló la barahúnda en la galería porticada, donde resonaron pasos apresurados y voces que se mandaban callar unas a otras. Echándose rápidamente la túnica sobre los hombros, ceñida con el cinturón, se asomó al patio. Alguna suerte de urgencia hacía correr a los sirvientes hacia la puerta principal, llamándose unos a otros, cuchicheando. Palamedes salió de su dormitorio, anejo al del rey de Esparta, y ambos cruzaron una mirada de curiosidad.

—¿Qué sucede? —preguntó el eubeo a uno de los que corrían, apenas un muchacho, que tuvo que detenerse y, espantado, puso ojos de cordero a punto del sacrificio.

—No me es dado decirlo, príncipe, y por ello te ruego que no me fuerces a ello, pues, por satisfacerte a ti, habría de traicionar a quienes me debo primero. Si quieres saber, ven a verlo tú mismo sin necesidad de que yo diga nada.

Tal diciendo, continuó su camino el muchacho con paso apresurado.

Saliendo del palacio, los embajadores siguieron la dispersa procesión de quienes iban a ver lo que estaba pasando, sirvientes del rey y gentes del pueblo, inquietos, cuchicheantes, pero también —creía entender el sagaz príncipe eubeo— atraídos por el escándalo, por lo morboso. Se alejaban de la mansión por la vertiente opuesta a la ciudad, descendiendo por un amplio camino marcado por el paso de carros que serpenteaba primero entre pinares, luego entre cargados olivos a punto para la recogida y, finalmente, entre bellísimos viñedos de sarmientos bajos, cargados de uvas brillantes. A partir de ese momento fue menos montuoso el terreno y llegó a abrirse a un pequeño altiplano, desde el cual se avistaba el vivo azul del mar, inmenso y esplendente como un desierto todo hecho de zafiro, la piedra preciosa que viera Palamedes solo una vez en la vida, en las costas australes del mundo, que estaban justo al otro lado de aquellas aguas.

Los sirvientes cruzaban la puerta abierta de un alto cercado de estacas que se perdía entre el follaje a uno y otro lado. Al franquear el acceso, vieron los embajadores que entraban en la hacienda que abastecía la casa real, donde Ulises guardaba su ganado, explotaba el olivo y la vid y tenía numerosas tierras de labranza. Aquí y allá se alzaban las dependencias: la casa del mayoral, los establos, los graneros, los chiqueros.

Los campos de cultivo se situaban mirando al mar en terrazas separadas por muretes de guijarros. En las lindes de la primera de ellas era donde se iba acumulando la muchedumbre. Como la propia aglomeración ocultaba lo que la gente estaba observando, Palamedes y Menelao tuvieron que abrirse paso para llegar delante, de donde venía el llanto de un niño de corta edad. Allí encontraron al viejo Laertes y a Penélope. El pequeño Telémaco gemía desconsolado en los brazos de su madre, cuyas bellas mejillas estaban bañadas de lágrimas. Se

aferraban los tres sin fuerzas para sostenerse por ellos mismos, exánimes, los rostros devastados y contraídos por el dolor. No tardaron los embajadores en comprender el motivo de su congoja, pues apenas llevaron la mirada hacia el campo tuvieron ocasión por fin de poner los ojos sobre Ulises de Ítaca.

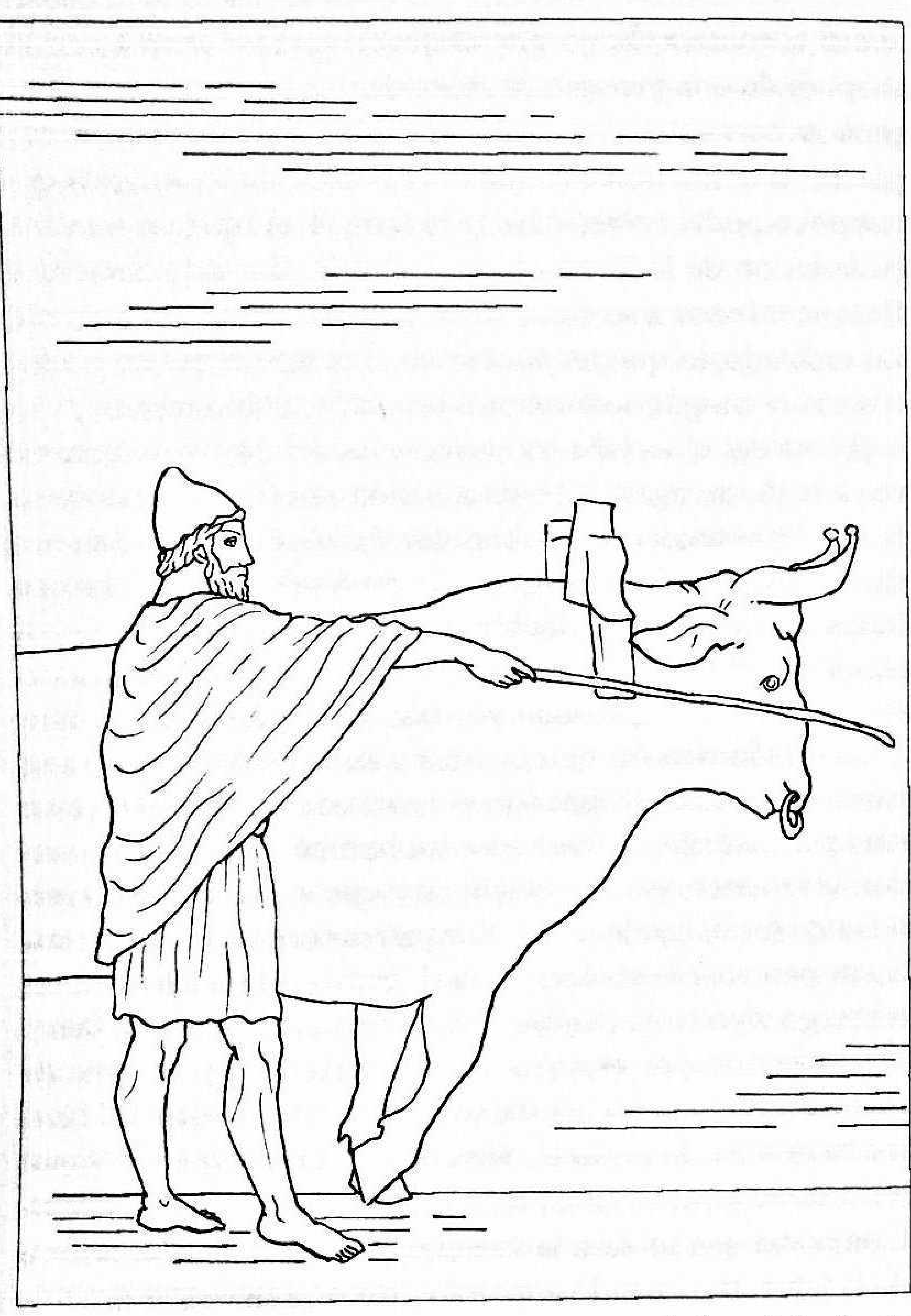
Atónitos, hallaron al amado soberano de la isla tocado con un gorro de fieltro sin alas —un píleo— y vestido con una túnica harapienta con el hombro derecho descubierto, cual servidor cualquiera. Con esta suerte de vestimenta extravagante para un rey había uncido a un arado una yunta dispar, un gran buey y un escuálido asno. El paso irreconciliable de este tiro, uno lento pero continuo y el otro caprichoso, producía sacudidas al juego trasero del arado que descomponía la dirección de la reja, ahora volviéndola de lado, ahora levantándola. Tenía el monarca aspecto inmundo por haberse revuelto entre el estiércol, estar sudado y con los cabellos apelmazados. Le temblaban las manos y las piernas, y murmuraba para sus adentros palabras incomprensibles, luego alzaba la voz e incluso chillaba, lanzando espumarajos y rebosando hilos de baba de su boca. Su mirada parecía fija en un mundo que no era el que tenía delante, sino otro muy lejano, cuya contemplación le producía una ira febril. Incluso cuando se volvía hacia el gentío murmurante, daba la impresión de que no veía a nadie. No había logrado abrir surco alguno en la tierra, sino solo lacerarla con incoherentes agujeros, aunque no renunciaba a sembrarla a su manera: hundiendo la mano en el zurrón que llevaba atravesado, tomaba puñados de sal que después lanzaba por los aires como si se tratara de una preciada simiente.

No resistía ninguno de los presentes la visión de tan penoso espectáculo sin que se le removieran las entrañas. Menelao

sintió el mismo ahogo que el día en que volviera a Esparta después de una precipitada ausencia y descubriera que su esposa ya no estaba. Creyó que era incapaz de seguir contemplando la condición a la que estaba reducido su amigo y que tampoco podía volverse hacia su familia, porque no soportaba la visión de la joven esposa y el niño llorando abrazados. Entonces buscó a su compañero para dar salida a su angustia, sin embargo, lo que reconoció en el gesto del eubeo no fue tristeza ni ningún sentimiento bondadoso, sino recelo.

Palamedes observaba las evoluciones del ingenioso itacense con el ceño arrugado y ponía atención a su discurso inconexo. Intentaba entender las palabras que farfullaba y lo que escondían sus gritos, descifrar el estado profundo de su ánimo en busca del motivo que causaba su delirio. No esperaba coherencia en un demente, pero sí hallar rastros del mundo ilusorio en que creía vivir. Movido por la curiosidad, como siempre, había tenido ocasión de examinar a más de un loco y era su parecer que no había una sola persona en el mundo de mente sana por entero, sino que todos los hombres estaban enajenados, unos poco y otros mucho, sin que nadie lo encontrara fuera de lugar. Los locos podían parecer erráticos y sin sentido su proceder —se decía para sí, escrutando a Ulises—, sin embargo, algo tenían en la cabeza, por desquiciado que fuera.

Fue llevado por esos pensamientos como tuvo la idea de poner a prueba la locura del soberano de Ítaca, que se le antojaba demasiado perfecta, demasiado ideal, aunque sabía que, en caso de equivocarse, perdería el honor o incluso la vida. Como vio que se daba la vuelta tras haber llegado al lindero de la labrantía, aguardó a tenerlo próximo. Entonces, cuando estuvo a unos pocos de sus largos pasos, se abalanzó sobre



El monarca, con un aspecto inmundo, araba la tierra y sembraba puñados de sal.

Penélope, le arrebató a Telémaco de los brazos con un brutal tirón y, corriendo hasta el arado con ella detrás, deshecha en chillidos, lanzó al niño delante de la aguzada reja en forma de flecha justo cuando los animales tiraban del yugo. Escaso tiempo tuvo Ulises de desviar la pieza: con un gesto urgente, lleno de un vigor inesperado en un loco, levantó el arado por la mancera y lo lanzó a un lado, lejos de su hijo, antes de que se clavara en su tierna carne y lo partiera en dos mitades.

Un rumor de perplejidad recorrió las filas de los congregados al ver la reacción de su rey, que, plenamente recuperadas la facultades de su mente y con perfecto control de su cuerpo, recogía del suelo a su hijo aterrorizado, lo abrazaba tiernamente, lo besaba e intentaba consolarlo. En cuanto llegó Penélope a la carrera hasta su esposo, le devolvió el retoño, que alargaba los brazos hacia su madre. Después se volvió el monarca hacia el hombre que había destapado su engaño. En la mirada amenazadora y ardiente que clavó en Palamedes no solo se hacía manifiesta la integridad de su cordura, sino que centelleaba una inteligencia brillante, que ya calculaba qué hacer. El eubeo entendía esa mirada, porque en ella se reconocía a sí mismo. Sin dejar de vigilarse el uno al otro, Ulises cerró los puños y apretó los labios, en tanto que Palamedes iba en busca de la daga que llevaba oculta a la espalda del cinto.

En ese instante llegó Menelao a paso apresurado antes de que estallara la pelea.

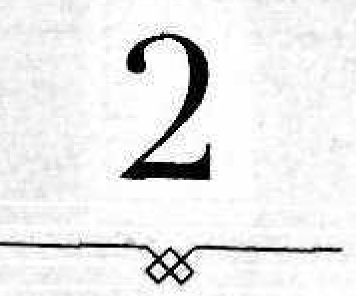
—Por tu honra, apreciado Ulises, favorito de todos nosotros, ¿por qué has intentado engañarnos? —dijo, poniéndose entre ellos, más desencantado que furioso.

—No he de demostrar ahora mi coraje ni mi valía, ni tú me lo pides, lo sé. Mucho me duele que te sientas herido

en el fondo del corazón por mi culpa. Ahora bien, déjame que te explique lo que un hombre relevante en la ciencia de las aves y en dar solución a sus agüeros me dijo al saber de la expedición que prepara tu hermano Agamenón contra Troya. «Mucho tendrás que sufrir —me reveló—, perderás a tus hombres e, ignorado por todos, vendrás al vigésimo año de regreso a tu patria.» Eso me anunció el anciano Haliterses. Yo no juré ante el caballo, pues no me contaba entre los pretendientes. ¿Por qué ley me obliga el juramento?

—Porque fue tu juicio el que lo ideó, porque estabas allí con nosotros y porque necesitamos de tus claras mientes, entrañable amigo. Las tierras de oriente nos deslumbran con riquezas, con belleza, con poder. Pero en esta ocasión nosotros acudimos a ellas para mostrar de qué material está hecha el alma griega. La Hélade entera admira a Ulises de Ítaca. ¿Faltará el celebrado héroe a la más gloriosa aventura que hayan emprendido los helenos? ¿Faltará a la audacia, a la lealtad, al honor? Haz como veas, que yo no he de forzarte. Solo recuerda que lo que ha pasado hoy aquí andará tarde o temprano en boca de toda Grecia y, por muchos que sean tus logros, esta bajeza siempre habrá de ensombrecerlos.

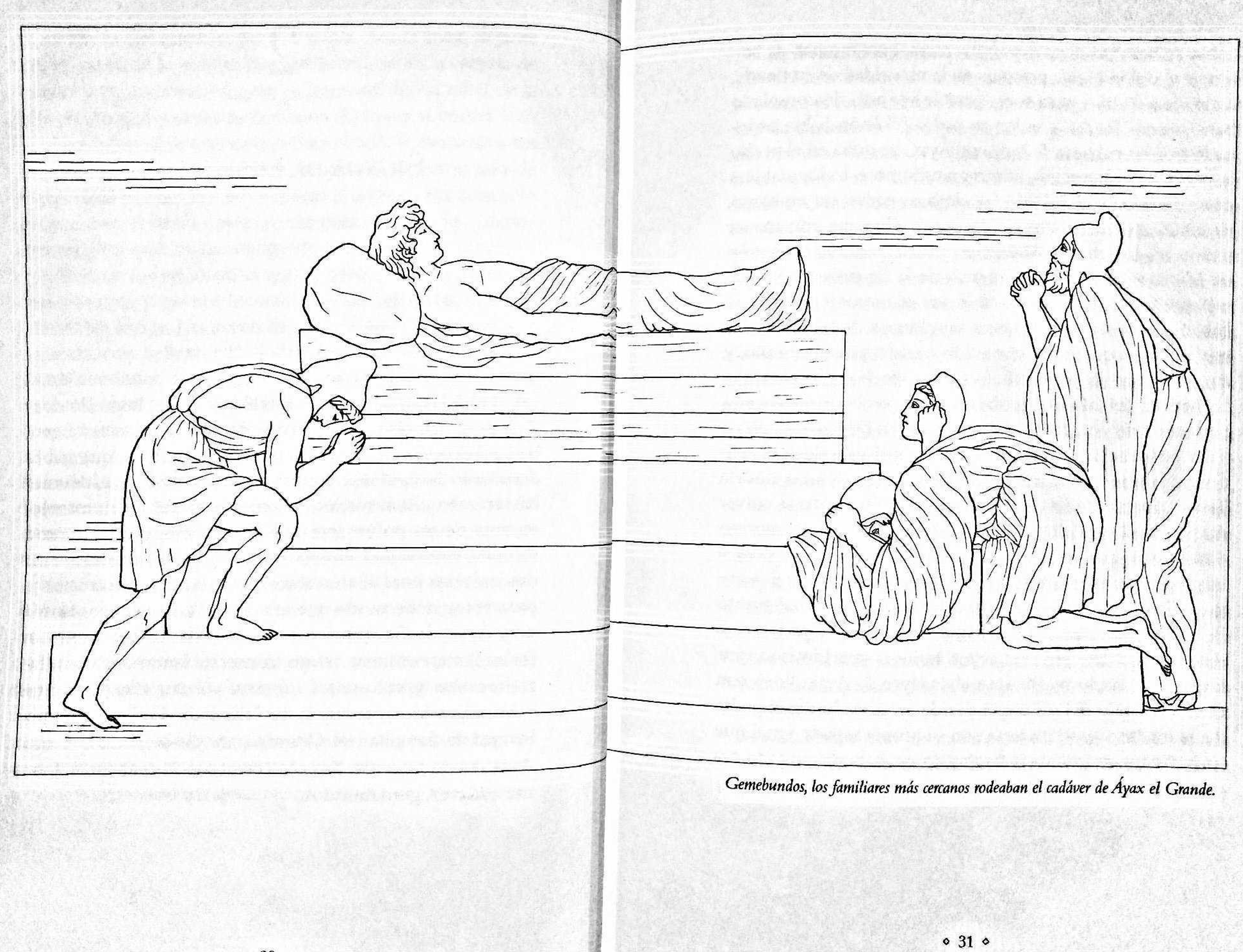
Tal diciendo, Menelao se volvió hacia Palamedes y le puso la mano en el hombro para conminarlo sin decir palabra a esquivar el enfrentamiento. Calmándose, el eubeo juzgó que también en ello tenía su amigo razón, y así fue que los dos dieron la vuelta y se alejaron. En lucha consigo mismo los contempló Ulises mientras atravesaban el gentío, que aún seguía desconcertado, y dejaban atrás los campos para regresar al palacio con el ánimo abatido por el suceso lamentable del que habían sido testigos.



2

Signos de los cielos

Al caer la tarde se aquietaron los aires que, llegando desde el mar que llevaba el nombre del antiguo rey Egeo, batían la costa occidental de la Tróade, la región que había dominado la opulenta ciudad de Troya hasta que desembarcaran en ella los helenos. En lo alto del promontorio, encima de un pobre armazón de madera, yacía el héroe difunto, cuya figura semejaba a un gigante, envuelto con dos sudarios porque uno solo había resultado insuficiente para recoger de modo apropiado todo su cuerpo. Había sido Áyax de Salamina un hombre de envergadura tan formidable como su arrojo, como su fenomenal fortaleza, tan alto y voluminoso que su cabeza y sus hombros sobresalían siempre en la multitud de los helenos, por lo cual le llamaban el Grande para distinguirlo del otro Áyax, el de Lócride. Sus más cercanos rodeaban el enorme cadáver, gemebundos.



Gemebundos, los familiares más cercanos rodeaban el cadáver de Áyax el Grande.

No se hallaba allí su esposa Tecmesa, que, incapaz de soportar el dolor, seguía postrada en la oscuridad de su tienda, abrazada a su hijo, pero sí era posible ver a su desconsolado hermanastro Teucro, a quien su padre Telamón había ordenado que no volviese de Troya sin Áyax. Le dolía en el pecho la pérdida del hermano, héroe grandísimo e indisputable a pesar de todo, y el haberle fallado a su padre; sin embargo, en aquel momento sensible, lo que le abrasaba con mayor pasión era la ausencia de Menelao de Esparta y Agamenón de Micenas en el funeral, además de la de sus caudillos de más confianza. En un principio los altaneros monarcas se habían negado a que se diera sepultura a Áyax, ultrajados por los actos que había cometido cegado por el orgullo, y, aunque luego lo aceptaran, lo habían hecho solo para que las heridas del ánimo que dañaban al ejército —incruentas pero aún más devastadoras— no acabaran de hacerlo trizas.

La pendencia entre dos de los griegos más ilustres, más queridos por todos, había ido muy lejos. ¿Cómo podría Teucro apartar de su corazón lo que había vivido al volver de la expedición de castigo a Misia, cuando, de camino a su tienda, guerreros exaltados empezaron a rodearlo y a imprecarlo con insultos? Lo llamaban «hermano del loco» y lo amenazaban a él mismo con la muerte. A tal punto llegaron que hubo incluso quien blandió la espada en el aire y, de no detener a los suyos, hubiera corrido la sangre. Después, cuando se vio ante el cadáver de Áyax, lloró con el desconsuelo del niño que pierde en un solo día al padre y a la madre. Quiso matarse con su propia espada, igual que su hermano, y lo habría hecho de no haberle quitado sus más próximos el filo de las manos.

Llegó el momento en que los compañeros de armas y amigos del héroe muerto se dispusieron a excavar la tierra para depositar el cadáver en su último lecho. Acababa Teucro de asir la pala cuando vio que una figura se perfilaba contra el azul del mar ascendiendo la colina desde la playa. Al instante reconoció quién era y fue a su encuentro antes de que alcanzara la cima. Conforme avanzaba hacia él se iban definiendo ante su vista los rasgos de Ulises de Ítaca, con lo cual la aflicción se hacía más amarga en su pecho, pues no podía intercambiar palabras con aquel hombre sin sentirse desbaratado por un conflicto: o bien le agradecía su indulgencia o bien le abría el abdomen con la espada para derramarle las tripas por el suelo.

—Debo pedirte que no continúes adelante —exclamó tan pronto como lo hubo alcanzado en medio de la pronunciada pendiente.

Se detuvo el de Ítaca al instante sin enojo, sino más bien apesadumbrado.

—No me parece justo dañar a un hombre valiente si muere, ni aunque haya sido un acerbo contrario —dijo—. Tampoco he sido yo quien ha respondido al suicidio de tu hermanastro con injurias ni quien ha pretendido exponer cruelmente su cuerpo insepulto. Ni siquiera cuando me ultrajó en la asamblea, llamándome cobarde por haber amado a mi esposa y a mi hijo, por querer vivir en mi casa recién construida, negué que viera en él al más valiente de cuantos helenos llegamos aquí, únicamente superado por el excelso Aquiles, por cuyas armas disputábamos.

Suspiró Teucro con un nudo en el estómago. Había de admitir, a pesar de su renuencia, que tenía todos los motivos para alabar al itacense.

—Benevolente Ulises, tú, el mayor enemigo de Áyax en sus momentos postreros, eres el único que ha acudido en su defensa con actos y gracias a ti podemos darle este enterramiento. Pero no me atrevo a permitir que intervengas, no sea que haga con ello algo enojoso para el muerto, puesto que su alma partió sin que os hubieseis reconciliado.

—Mi deseo es ayudarte en el cumplimiento de tu sagrado deber de hermano, pero, como no te es grato, te doy la razón y me voy —respondió Ulises. Fue luego a darse la vuelta para regresar abajo, pero aún lo detuvo otro poco el sentimiento que albergaba en su pecho y se dirigió de nuevo a Teucro—. Sabed todos que, en la misma medida en que Áyax y yo fuimos oponentes, lo tengo ahora por amigo y estoy dispuesto a hacer cuantas cosas se deben a los varones excelentes cuando no están entre nosotros.

—Hay bastante para tu generosidad en lo mucho que queda por hacer: no solo honrar su memoria, sino procurar cobijo y cuidados a su esposa y su hijo como si estuviese a su lado él mismo, que tantas veces fue el protector de los helenos.

Asintió Ulises, estremecido, con un movimiento de cabeza. Solo después se atrevió a dar la espalda y volver por donde había venido, en tanto que el hermanastro de Áyax hacía lo mismo en dirección contraria apretando los puños con rabia, aunque no contra el rey de Ítaca, sino contra esos monarcas fatuos, quienes, por la ambición de uno y el orgullo herido de otro, estaban arrastrando a la flor de los griegos al desastre. Al cabo de todas sus promesas hueras acerca de riqueza y gloria, lo único que llegaba puntualmente a cumplimiento era la muerte de cada uno de

los que habían desembarcado en Troya, empezando por los mejores. ¡Que el soberano celeste que dominaba el Olimpo y las implacables erinias que vengaban la sangre vertida por los propios los hicieran perecer indignamente, al igual que habían querido despreciar ellos a un gran héroe con afrentas! Muertos Aquiles y Áyax, ¿qué esperanza había para su emprendimiento?

◇◇◇

El silencio oprimía el campamento con la compacidad asfixiante de la canícula y daba la impresión incluso de que había aumentado la temperatura. Los griegos buscaban las sombras y se evitaban unos a otros al cruzarse, porque estaban muy mezclados quienes habían defendido el derecho de Ulises a las armas del caído Aquiles y quienes habían defendido a Áyax, quienes habían disculpado el comportamiento posterior del salamino y quienes, al contrario, se habían vuelto en su contra. De todos modos, una única pregunta que nadie enunciaba pero que estaba en la mente de todos era la que en verdad los tenía angustiados. Si bien había dicho una profecía que solo el mejor de los helenos arrumbaría la ciudadela de Príamo, al mismo tiempo otro oráculo había prescrito que Aquiles jamás volvería de Troya. Una parte se había cumplido sin que se cumpliera la otra. ¿Iba a tomar alguien la fortaleza en lugar del malogrado Aquiles o era ya imposible que ganasen la guerra?

Parecía que el reducto había quedado abandonado bajo el sol como una piel para desecar, aunque no faltaba ni uno de sus moradores. Se distribuían los barcos en hileras mudas, sacados del agua por orden de llegada, pero ya no

eran navíos, sino auténticos bastiones: apuntalados, alzados encima de rocas, rodeados de tiendas fortificadas para los caudillos y barracones para la tropa, a menudo incluso con empalizadas. Los griegos habían ido reforzando el campamento a medida que se veían obligados a aceptar que la guerra no se resolvería tan fácilmente como había prometido Agamenón de Micenas. No en vano los muros de Troya habían sido alzados por brazos divinos, ni en modo alguno la exuberancia debilitaba a los defensores, sino que eran más fieros, pues tenían mucho que proteger y un ejemplo que dar frente a la avaricia con que el mundo los contemplaba: para obtener riqueza era más provechoso hacer amigos que enemigos.

Después de una jornada agobiante, al día siguiente la llamada de Menelao recorrió las tiendas de todos los contingentes. Cual bestia perezosa, el ejército al completo fue acudiendo al ágora, que se extendía cerca de la orilla, frente a las tiendas de los jefes más principales. Quedaron anegadas las calles adyacentes por tantos guerreros como rodeaban al círculo de caudillos que se reunían en el centro. Murmurando quedamente, los hombres se acercaban a aquellos cuyo parecer compartían y procuraban alejarse de los contrarios, aunque, cuando cruzaban por azar sus miradas, habían de reconocer por fuerza que todos seguían siendo como primos hermanos.

Presidía Agamenón en calidad de comandante supremo de las fuerzas conjuntas, aunque no buscaba ese día destacar para no soliviantar los ánimos. Sin embargo, se daba cuenta Ulises escudriñando desde su asiento los menudos ojos del monarca, que siempre ocultaban lo que realmente pensaba, que era

su voluntad la que seguía marcando el paso de su hermano Menelao y pretendía determinar el parecer de la asamblea. Se alzó en silencio el corpulento soberano de Micenas, de torso vigoroso, espaldas anchas, brazos como troncos de roble, con las melenas negras cayendo en desorden hasta confundirse con sus largas barbas, y caminó con pesadez por delante de Teucro y los de Salamina, que se miraban unos a otros para no mirarlo a él. Así llegó el monarca hasta el asiento de su hermano, a quien entregó el cetro que daba la palabra. Dijo Menelao entonces:

—Escuchadme, reyes y príncipes, guerreros venidos del otro lado del mar, me sangra el corazón cuando veo cómo se van debilitando nuestras huestes, cuántos héroes perdemos no solo en la batalla, sino por causa del agotamiento, del desvarío, de la desesperación. ¡Basta, pues! ¡Ya ha pasado mucho tiempo, mucho más del que esperábamos, desde que, por mí, entrasteis todos en esta guerra! —exclamó, dejando asombrada a la concurrencia—. Rechazo cargar sobre mis hombros la responsabilidad de que al fin ninguno vuelva a ver su patria y sus familiares. Abandonemos esta playa fatídica antes de que eso ocurra. Que todos los que quedan emprendan la ruta de regreso en sus barcos, rumbo a sus ciudades, a sus esposas, a sus preciosas vidas.

La extrañeza recorrió las filas de los griegos ante esa declaración inesperada. Fueron mayoría quienes protestaron y reclamaron al marido afrentado que mantuviese su firmeza, pues ellos seguirían guardándole las espaldas —proclamaban— y volverían a batirse a su lado cuantas veces hiciera falta. Menelao ponía un gesto conmovido, pero distinguía Ulises que también movía los ojos de un lado a otro para

no perder detalle de la reacción de cada caudillo y que su hermano hacía lo mismo con gesto similar, reflejo brutal del otro. Por ese proceder se percató de que había hablado así para ponerlos a prueba. Al comprenderlo, se sintió decepcionado y triste, porque, por un instante fugaz, mientras lo escuchaba, había llegado a pensar que era posible la pronta vuelta a casa con la que tanto soñaba.

Menos que ninguno advirtió la argucia el fogoso guerrero que estaba a su lado, Diomedes de Argos, su entrañable amigo desde que se conocieran en Esparta en tiempos de Tindáreo. El argivo era hijo de Tideo, el más valiente —y el más salvaje— de los siete que murieron ante Tebas. De su padre había heredado la audacia, pero la completaba con la rectitud que a aquel le había faltado y que causaba admiración en Ulises. Por el contrario, como Diomedes no destacaba por su picardía, tanto más la apreciaba en su amigo itacense. Llevado por el candor, saltó el argivo airado en su asiento e increpó a Menelao:

—¿Qué vergonzoso temor se ha apoderado de tu pecho de héroe para que hables así? Yo estoy bien tranquilo, pues sé que nunca te seguirán de vuelta los valientes hijos de la Hélade mientras no hayan abatido las almenas de Troya. Y si uno solo decidiese seguirte, este brillante filo le separaría la cabeza del tronco.

Hizo cantar la espada liberándola de su vaina y, al apuntar con ella a los cielos para que todos la vieran, arrastró tras de sí el bramido del ejército entero y luego un estallido de aplausos y de vítores. Al mismo tiempo resultaba bien visible para quienes sabían descifrar las verdaderas intenciones de los hombres, como Ulises, la satisfacción de Agamenón

y Menelao al haber vuelto a unir aquel ejército repleto de corazones bizarros y ánimos diversos, tan suspicaces, tan castigados.

Aún duraba el escándalo cuando se levantó el adivino Calcante y, con gesto prudente, como para mediar en la aparente desavenencia, reclamó el cetro. Como sus intervenciones siempre despertaban respeto, fueron acallándose las voces para dejarlo hablar. Dijo el agorero:

—Los muros de Troya son obra de dioses y no está en mano de los hombres deshacer tales trabajos por su débil empuje. Ahora bien, sé por signos muy ciertos de los cielos que los eternos están indecisos y aún se puede decantar la balanza. Si queremos que se incline de nuestro lado es preciso que enmendemos lo que hemos torcido, que recuperemos lo que hemos perdido. Cuando duda uno sobre si se ha extraviado, solo girándose para ver lo que ha dejado atrás puede saber si va por buen camino. No os prometo que caerá Troya aunque cumplamos lo que os diré, pero clama el cielo que, sin satisfacer estas condiciones, no lo conseguiremos jamás.

Enardecido por aquellas palabras, Diomedes dio un paso hacia él.

—¡Revela, adivino, qué condiciones son esas! Yo mismo sin dilación iré a restaurar lo que exijan los inmortales.

Avanzó el viejo Calcante hacia el centro del ágora para que nadie faltase a verle y oírle, mientras atendían los jefes, admirados, y toda la muchedumbre de los helenos contenía el aliento.

—Las guerras, por su gusto, no se llevan a los malvados, sino siempre a los mejores, y de esos ya hemos perdido a

muchos. No sería lícito que otro tomara la fortaleza de Troya sino el mismo hijo de Aquiles, el que nació de Deidamía cuando el héroe habitaba en Esciros. En aquella isla lo educa su abuelo materno, el rey Licomedes. Su nombre es Neoptólemo y cuentan que ha salido a su padre en todo, que se le parece mucho de rostro y figura, pero que, antes que nada, descolla en las armas y es indomable. Muerto su padre, solo su presencia puede dar respuesta a la profecía.

—No se hable más. Yo pondré velas a Esciros apenas cambien los vientos —exclamó Diomedes sin vacilar.

Vio Menelao que, sentado detrás del argivo, Ulises no parecía presa del mismo entusiasmo que su amigo, con el que tantas aventuras había compartido, sino que parecía contrariado. Volvía a pronunciarse el adivino:

—Pero no solo falta en nuestras filas quien sustituya a Aquiles, sino que hay otro olvido igual de grave que hemos de reparar —añadió Calcante—. Ya no contamos entre nuestras armas con las más sagradas e infalibles que se hayan visto, que antaño sí fueron nuestras pero que perdimos atolondradamente. Os hablo de las flechas del poderoso Hércules, cuya punta empapó el héroe con la sangre de la hidra de Lerna.

Un rumor de consternación se levantó entre la multitud e hizo que Agamenón se revolviera en su asiento y que todos los jefes se mirasen de reojo. Menelao buscó a su hermano con la vista. Ulises, a todo ello, contemplaba esquivo el extremo de su capa, que sostenía entre las manos. Pocas veces Calcante daba buenas noticias y, sin embargo, nunca fallaba en sus previsiones. Bien sabían todos que traer al hijo de Aquiles era cosa fácil, mientras que conseguir las

armas de Hércules era otra cosa completamente distinta, porque su dueño era Filoctetes de Melibea.

Aunque hacía ya nueve años de lo sucedido, nadie olvidaba que, cuando venían por mar a la conquista, hubieron de tomar la decisión de abandonar en la inhóspita isla de Lemnos al ilustre arquero amigo de Hércules, de quien había heredado las armas antes de su ascensión a los cielos. Una transgresión menor le había costado la amonestación divina en forma de mordedura de serpiente, y esta había degenerado hasta convertirse en una herida ponzoñosa y consuntiva que no dejaba de supurar. Sus gritos de dolor eran tan terribles y el hedor de su mal tan insoportable que no dudaron sus compañeros de que no llegaría a su destino y que solo retrasaba a la flota.

Alzándose de modo imprevisto, tomó la palabra Ulises:

—Clarividente Calcante, cierto es que a los mortales les es posible conocer muchas cosas al verlas, pero que solo algunos, en virtud de un don divino, son capaces de saber cómo será el futuro. Puede que esta profecía sea cierta, pero también es irrealizable. En caso de que Filoctetes no haya muerto víctima de su herida, ¿cómo le permitirá el odio que debe de sentir por nosotros, que tan ignominiosamente lo abandonamos, arrebatándole sus hombres y sus barcos, entregarnos las flechas y venir él a Troya?

Mudos quedaron los griegos preguntándose cómo podrían llevar a cabo esa tarea. A todos alentó entonces que diera un paso al frente Palamedes de Eubea, pues era respetado por su juicio y sus geniales invenciones, y a buen seguro su opinión sería sustantiva.

—Soberano de Ítaca, tus palabras han sido muy oportunas, y no dudo que sabes que está en tu mano resolver

este problema. ¿Le es posible a un amigo hablarte con el corazón y seguir siendo tan amigo como antes? —preguntó con gesto afable, haciendo que Ulises no tuviera más remedio, cabalmente, que asentir. El eubeo se dirigió a toda la audiencia—: Puesto que enviamos a por las armas de Hércules al incansable Diomedes, sabio es que le acompañe el más elocuente de nosotros, porque, si Filoctetes está vivo, ¿qué otro sería capaz de persuadirlo? También es justo que sea Ulises quien nos traiga a Neoptólemo, ya que a él ha de ceder las armas inmortales de su padre, que en justicia le pertenecen.

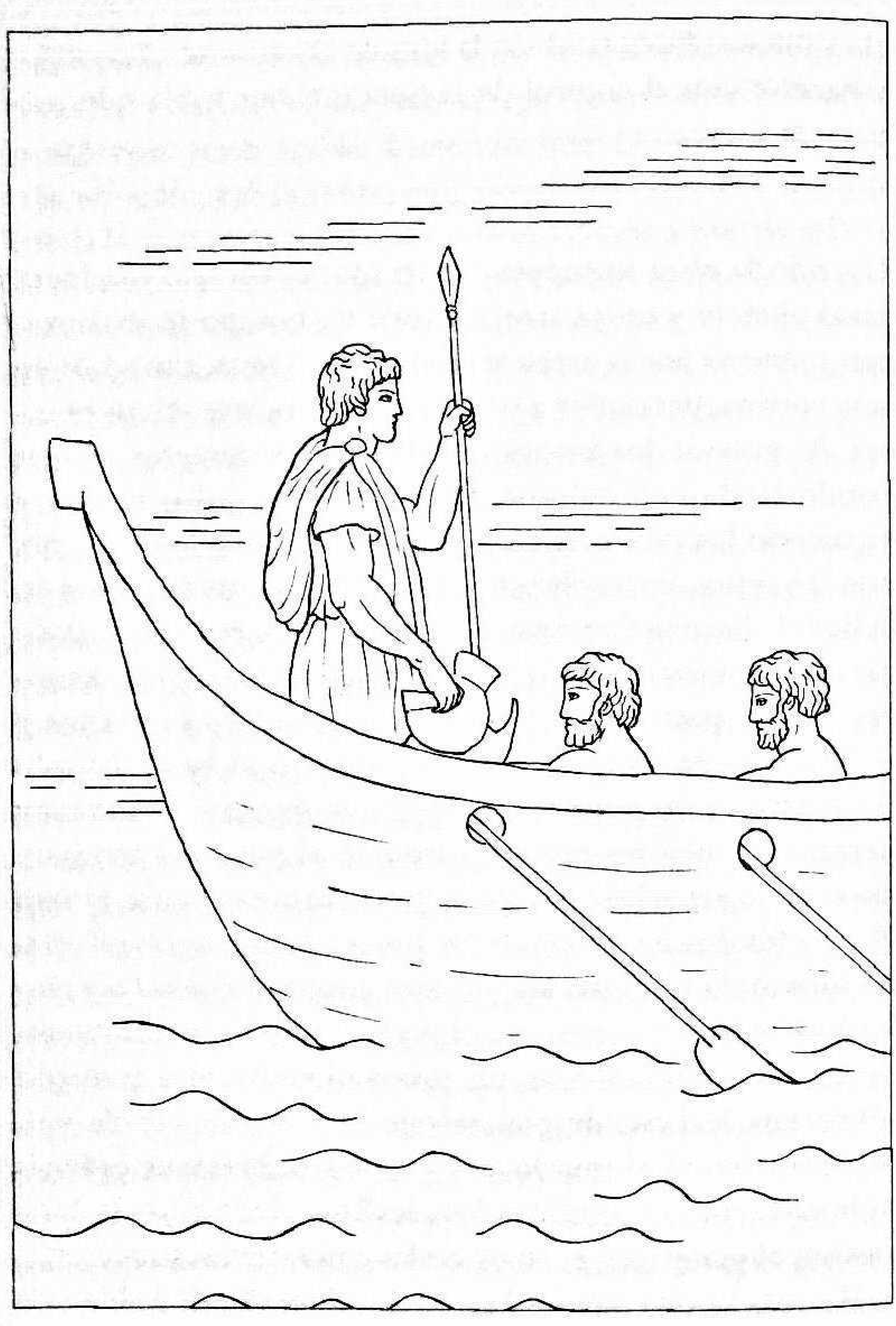
Como fuego sobre azufre cundió el entusiasmo entre los hombres ante la propuesta mientras Ulises penetraba a Palamedes con mirada torva. Intentaba decidir el itacense si a su contrincante lo movía la voluntad de sanar las heridas del ejército o meramente la de despojarlo. Por lo demás, en modo alguno podía ser Ulises el más adecuado para tratar con el infeliz Filoctetes, puesto que él había sido el encargado de desembarcarlo y dejarlo instalado, con agua y comida y unos pocos enseres, en un lugar que fuera cómodo y seguro; el último en verlo, en recibir sus imprecaciones, el griego al que más había de odiar si seguía vivo. Como la aquiescencia crecía y crecía y ya lo ensalzaban los helenos como si hubiera triunfado en la empresa, Ulises se volvió hacia Agamenón en busca de su arbitraje, pero encontró un rostro inconmovible, enmarcado por las arrugas del ceño y los labios apretados. En los ojos del comandante supremo vio el itacense que no podía oponerse a la marea que lo arrastraba, porque con su dureza le recordaban lo que solo los dos monarcas hermanos y él sabían y todos los demás ignoraban: que, además de muchos otros ardides, también la idea de abandonar a Filoctetes y hacerse con el control de la flota melibea había sido una treta de Ulises.

◊◊◊

Cuando la clara trompeta dio su son, el vocerío marinero hirió el cielo y todos arrebatados a un tiempo se abalanzaron primero por la arena y luego por el agua, alzándola en una cortina, para subir a sus barcas y colocarse en sus puestos. Al giro de los brazos de los muchos remeros, el mar batido borbolleó espuma. Salieron adelante los navíos, y, siguiendo los remos el compás que marcaban los capitanes con sus gritos, fueron hendiendo surcos con sus esperones en la líquida llanura. Conforme se precipitaban por el haz azulino, fue resonando toda la bahía con los aplausos y los clamores de los espectadores, que animaban ardorosos a los suyos.

Desde el primer momento se destacó el bajel llamado Tritón huyendo por delante. Detrás lo seguía el Forco muy cerca, con mejores remeros, aunque el peso del armazón de pino lo retardaba. Después, porfiaban en pasarse el uno al otro los dos restantes, ambas proas a la par: uno se llamaba Oceánida y el otro era el Tifón, nombre que no agradaba a sus marineros, pero mucho a quien lo había inventado, su capitán Neoptólemo, un joven imberbe, alto y magro de carnes, lechoso de piel, salvaje de gesto, áspero de voz. Viéndose en el último lugar de la regata, bramaba órdenes el hijo de Aquiles, deslizándose arriba y abajo entre la confusión, el griterío y el rugir de las aguas revueltas.

Raudas se dirigían las barcas al peñón donde habían de dar vuelta en la boca de la ensenada. Al acercarse, el Tritón



Neoptólemo bramaba órdenes entre el griterío y el rugir de las aguas revueltas.

se había ido rezagando, temeroso de los bajíos, y ya le iba el otro acosando el flanco con su esperón, aunque no lograba superarlo. Con denuedo luchaban: ahora tiraba el Forco intentando avanzar al otro en todo lo largo del casco, ahora tiraba el Tritón tratando de mantenerse en cabeza. Atónitos vieron todos que, cuando el que iba primero se ciñó a la peña y penetró por el angosto espacio que le dejaba el oponente, la proa le estalló de súbito en pedazos al chocar contra una punta de roca. A su andanada se sacudió el navío entero y se astillaron los remos al chocar con los agudos dientes del escollo, que estaba a flor de agua. Clavado el casco en el arrecife, se irguieron los remeros del Tritón y echaron mano a las picas de hierro y a los garfios para recoger del mar los rotos remos. Así el Forco, enardecido por el favor del lance, fue a buscar la pendiente de las aguas para dar la vuelta.

Desde su Tifón, vio Neoptólemo que la curva del Forco se alejaba demasiado del peñón y corría en exceso a mar abierto. Bramó entonces para exaltar a su escuadra de remeros e invocó la ayuda de los vientos, de modo que su bajel cobró velocidad y fue avanzando la larga quilla por delante del Oceánida a través de las salobres olas. Llegaban ya a la peña, y fue por ello que el timonel del Tifón, que se llamaba Fileas, torció la proa al ancho haz de las olas para evitar los escollos y no seguir el destino del navío que había quedado encallado. Se daba cuenta Neoptólemo de que Fileas se llevaba el barco a la derecha y de que perdían la oportunidad de ganar espacio en el momento del giro.

—¿Adónde te desvías? ¡Déjales a los otros la alta mar! —gritó al timonel, quien, medroso, pretendió corregir el

rumbo, pero no lo suficiente. Aunque el Tifón se abría paso por la izquierda entre la nave Oceánida y las rocas resonantes, ya el Forco rodeaba la peña en su amplio giro y se disponía a dejarla atrás—. ¡A las rocas! ¡Que las palas rocen las rocas! —insistía Neoptólemo, sin lograr que Fileas le hiciera caso, sino que rehuyera su mirada, muerto de miedo.

Como avistó el hijo de Aquiles que ya el Forco acababa el giro y encaraba el tramo final de la regata, le abrasó un ardor fiero hasta los huesos y, olvidando su decoro y el riesgo de los suyos, corrió hasta el timonel, lo agarró de brazos y piernas, y lo lanzó al mar desde la popa. Pasó entonces al gobernalle y, convertido ya en capitán, piloto y timonel, animó a sus remeros mientras giraba para arrimarse a la peña. Por allí se abrió paso el Tifón, rasando a todo riesgo el veril de las rocas saledizas, de manera que superó velozmente al Oceánida y ganó enseguida el mar abierto detrás de la peña. Seguía virando, ladeado, en una curva cerrada y estrecha, anegándose la cubierta de espuma, con los remeros entregados a las órdenes de su caudillo, y pronto había rodeado la roca y se lanzaba en pos del Forco.

Neoptólemo fijó entonces el timón y corrió cruzando la crujía por entre sus remeros, exhortándolos:

—¡Ahora, ahora! ¡Alzaos sobre el remo, compañeros! ¡Sacad las fuerzas!

En un supremo esfuerzo se volcaron todos en las palas. A sus potentes golpes contra el agua temblequeaba la nave de espolón de bronce y tan rápidamente se deslizaba que parecía que huía bajo ella el haz del mar. El jadeo les acuciaba los miembros y las fauces resecas. Iba fluyendo a

raudales el sudor a lo largo de sus cuerpos. Pero sentían los marineros que el ímpetu de su capitán les prestaba alas. Igual que una paloma espantada restalla sus plumas con estrépito para lanzarse a la campiña, así batían las aguas y hacían volar el Tifón hasta que lograron dar alcance a su enorme oponente, que cedía ante ellos lastrado por su ingente peso. Ya al linde mismo de la meta se veían ambas naves y no estaba claro que ninguna fuera a ser la primera. Ahora sí que los gritos se redoblaban a bordo y en la orilla, pues todos a una, en mar y en tierra, incitaban con afán a los marineros y resonaba el cielo con su estruendo. Emparejadas las proas, ya estaban a poco de tocar tierra, pero, cuando alcanzaron la orilla, resbaló más ágilmente el combado Tifón sobre la arena, penetrando como una saeta, mientras que el pesado Tritón quedó rezagado hasta detenerse.

Entre aplausos y vítores corrió el gentío a buscar a los vencedores, que saltaban a la arena cargados con el peso del agua que chorreaba de su ropa empapada, exaltados por el triunfo. La potente voz del pregonero proclamó el nombre del barco ganador y el de su capitán, Neoptólemo, a quien sus propios marineros alzaron en brazos por encima de sus cabezas entre risas y clamores.

Fue en ese momento, mientras se veía transportado por todo lo alto en dirección al podio donde se entregarían los galardones, cuando distinguió el hijo de Aquiles las figuras de porte ilustre que habían seguido atentamente su carrera desde los cercanos riscos que dominaban la playa. Se encontraba allá arriba su abuelo, el noble rey Licomedes, acompañando con gesto solemne a dos guerreros principales, a juzgar por sus armas y sus galas, dos helenos de rostro

curtido, que lo examinaron con detenimiento al pasar, uno con admiración y el otro con un gesto frío, indefinido, que Neoptólemo no supo leer y que despertó enseguida su recelo. Al dejarlos atrás y poner la vista en el podio al que era conducido, advirtió que allí lo esperaba su joven madre, Deidamía, con la cara descompuesta, los ojos devastados, las lágrimas silenciosas manando como un torrente.

3

LAS ARMAS DEL HÉROE

Removió con el pie la hojarasca que, aplastada por el peso de un cuerpo, formaba un lecho contra la pared. Harapos repugnantes, endurecidos por el tiempo y llenos de manchas resecas de sangre y pus se hallaban por doquier. Suspiró Ulises mientras la brisa estival que atravesaba la gruta de una abertura a la otra le removía el cabello. En la bóveda resonaba el tintín de la fuente que brotaba fuera. En aquella gruta de doble entrada, que en invierno el sol calentaba por ambos lados y resguardaba del frío, y donde en verano la sombra y la fresca corriente propiciaban el sueño, había él abandonado a Filoctetes, hijo de Peante de Melibea, la insigne casta de arqueros que habían sido compañeros del insuperable Hércules.

Cerca de la entrada, el joven Neoptólemo, que había querido ceñirse ya armas de guerra mientras no recibiera las de su padre, se agachó a recoger una copa de madera —obra de un

mal artesano— que destacaba entre los restos abandonados en un rincón junto a la sombra de un fuego. Durante largas jornadas aquella hoguera, de la que solo quedaba una mancha cenicienta, había dado lumbre a la gruta, según apuntaba el hollín que se alargaba en la pared de roca. Notó el rey de Ítaca la mirada maldiciente que el muchacho le dirigía después de haber examinado las siniestras trazas que había dejado el hombre que buscaban. ¿Cómo habían sido capaces de arrojar a la muerte a uno de los suyos en el momento de mayor necesidad?, clamaban sus ojos negros, siempre furibundos. Con plena conciencia lo evitó Ulises, encaminándose hacia la entrada, por donde se aproximaba el jefe de los exploradores que había enviado a rondar la isla.

—Lo hemos encontrado: está sano y salvo —anunció el explorador no bien hubo alcanzado a su rey.

Se volvió el de Ítaca hacia Neoptólemo con urgencia.

—Hijo de Aquiles, preciso es que seas valeroso en la misión que te encomiendo, pero no con tu cuerpo, sino con tu mente. Recuerda lo que hemos hablado.

El otro no escondió lo que albergaba en su pecho, sino que esbozó sin vergüenza un gesto de disgusto.

—Me ordenas decir mentiras, cuando es odiosa a mi naturaleza la fullería, tal como, según dicen, también lo era para quien me dio el ser. Prefiero fracasar obrando rectamente que vencer con malas artes.

—Ya sé que no está en ti el don del engaño. También yo, que vengo de un padre honrado, fui en mi juventud torpe de lengua y ligero de mano. Pero me ha enseñado la experiencia que más gobiernan el mundo las palabras que los actos. No podemos tener con Filoctetes un trato confiado y

seguro, no se dejará convencer ni lo tomaremos por la fuerza porque las suyas son flechas portadoras de una muerte implacable. Ahora bien, lo necesitamos: sin él no caerá Troya y no volveremos a casa. No es vergonzosa la mentira si comporta salvación.

Quedó callado el muchacho ante estos argumentos, pero no por convencimiento, sino por falta de respuesta. Había advertido Ulises desde el primer momento el fuego tan rabioso que abrasaba su interior y se preguntaba el motivo. ¿Sería la muerte de su padre, a quien no había conocido? A pesar de su pérdida, a Neoptólemo le consumía el deseo de incorporarse a la guerra. ¿Cómo una persona tan joven tenía tal ansia de muerte?

◇◇◇

Dulce era el resonar de las cigarras en la isla de Lemnos. Los ríos, con su manso fluir, entonaban un canto y los vientos tocaban la zampoña al soplar entre los pinos; las manzanas buscaban amorosas desplomarse por tierra y el sol, aficionado a la belleza, intentaba desnudar a los mortales.

Tenía Filoctetes un aspecto asilvestrado: vestido con una vieja zamarra, calzado con abarcas, una alforja muy gastada y greñas sucias y largas que le cubrían por completo las espaldas. Sentado sobre la hierba, comía pan y queso a la sombra de una elevada y voluminosa encina, en el interior de un campo abrigado con su cerca completa. Al su lado un pastor tocaba la flauta con las cabrillas más menudas echadas ante él, atentas a sus sones. Balaban en derredor las ovejas y los corderos brincaban y chupaban las ubres encogidos debajo de sus madres.

Espiando desde un escondite en la espesura, repararon los de Ítaca, con Ulises a la cabeza, en que el pie del melibeo ya no supuraba y estaba cicatrizado, pero no por ello había sanado, pues se le había vuelto rígido. Después de compartir con el pastor el vino de un odre, Filoctetes se alzó con torpeza, se hizo con el cayado que reposaba contra el árbol y, apoyándose en él, se despidió de su compañero. Fueron los espías detrás de sus pasos lentos y renqueantes, siguiéndolo según se internaba en el bosque por un camino pedregoso.

Largo rato caminó penosamente, desviándose por sendas cada vez más retiradas, hasta llegar a un prado que lucía melenas de abundantes flores, por medio del cual fluía un arroyuelo que se derramaba entre las matas. Al fondo se alzaba una choza toda hecha de piedra, a cuya entrada se dejó caer el melibeo resoplando.

Tan pronto como había recuperado el aliento, vio Filoctetes que acudía a su encuentro atravesando el follaje un mozo ataviado con peto, brazaletes y grebas. Con mirada suspicaz lo examinó conforme se iba acercando, hasta que al fin lo tuvo delante y le dijo:

—¿Quién eres, tú que has dirigido tu marino remo hacia esta tierra donde muy pocos desembarcan? Reconozco en ti el atuendo de los helenos.

Respondió Neoptólemo de acuerdo a las instrucciones de Ulises:

—En efecto, soy por mi origen de Esciros y navego desde Troya de vuelta a mi patria.

Frunció el ceño el melibeo, pues no le parecía posible que aquel mozalbete hubiera sido marinero con ellos al principio de la expedición.

—Si ahora regresas, me pregunto cuándo fuiste. ¿No eres demasiado joven para tan cruenta guerra?

—¿Acaso has participado tú también en esta contienda?

Estuvo a punto de sonreír Filoctetes ante la pregunta, pero le pudo la amargura y el gesto se le volvió una mueca. Con un ademán, invitó al muchacho a sentarse. Desde donde estaba de pie Neoptóplemo, había descubierto que el arco y las flechas se encontraban dentro de la choza, apoyados contra el interior de la entrada, a la espera de ser usados en caso de apremio. Hizo ademán de ir a aposentarse a ese lado de su anfitrión, de modo que pudiera hacerse con ellos con solo alargar el brazo, pero Filoctetes le indicó que se colocase al otro costado, encima de un grueso tronco. Una vez acomodado, procedió a explicar la historia con la que Ulises lo había instruido.

—Acababa de cumplir la mayoría de edad cuando llegó la noticia de la muerte de mi padre en la llanura troyana —dijo—. No me retrasé mucho en embarcar, tanto por el deseo de ver al muerto antes de sepultarlo, pues casi no existía en mi recuerdo, como por la bella razón de ocupar su lugar el día de la caída de esa ciudad detestable.

Era ya el segundo día de navegación —siguió, trenzando el relato aprendido— cuando arribó con viento favorable a la playa del campamento heleno. Nada más desembarcar, lo recibieron los compañeros de su padre con muestras de cariño, jurando que veían de nuevo vivo al que ya no existía. Él derramó desventuradas lágrimas por su progenitor, pero no dejó transcurrir después mucho tiempo sin ir a conocer a los caudillos más principales, de cuyo empeño había nacido la expedición: el rey de Esparta y el rey de Micenas. A ellos

les pidió las armas de su padre y todas las otras cosas que de él quedaran. Para nada imaginaba las palabras indignas que sus oídos iban a escuchar: «Todas las demás cosas de tu padre te está permitido coger, pero otro hombre es ahora dueño de sus armas».

Fue el joven presa de vehemente cólera y exigió la entrega de lo que le pertenecía, abrumando a los caudillos con denuestos, sin omitir ninguno. Entonces acudió el culpable mismo, molesto ante lo que había oído, y le reprochó no haber acudido antes adonde todos los helenos estaban, lo acusó de cobardía y le juró que jamás zarparía de vuelta con las armas de su padre.

Tras haber recibido semejantes injurias, no pudo él por menos que poner vela a su tierra de nuevo, robado por los más malvados descendientes de malvados. A todos los culpaba, al que se había apropiado de lo suyo y a quienes tenían el poder de corregirlo pero se abstenían de ello, pues el ejército es de quien lo manda.

—¡Ojalá llegue a saciarse alguna vez mi cólera con la acción para que Micenas y Esparta conozcan que Esciros es también madre de hombres valientes! —sentenció Neoptólemo, colérico.

Volviendo su atención a Filoctetes, se dio cuenta al instante de que su relato había causado el efecto que pretendía Ulises, pues se hallaba el melibeo sobrecogido, presa de la rabia, trémulo de manos y piernas.

—¡Ay de mí! —bramó, intentando ponerse en pie—. Me has nombrado a dos hombres odiosos cuyo mero recuerdo aumenta mi sufrimiento. —Incapaz de controlar las sacudidas de su cuerpo, cayó sobre el muchacho y tuvo que asir-

se de su cuello. Le habló escupiéndole la furia a la cara—. ¡Dime una única cosa, por los dioses! ¡He de saber qué ha sido de ese hombre inicuo, aunque hábil con la palabra, mediante la cual gana todos sus triunfos! ¿Sabes quién es Ulises de Ítaca? ¿Todavía sigue vivo o puedo regocijarme en la buena nueva de su muerte?

Lo sujetaba Neoptólemo para que no cayera, al tiempo que alejaba el rostro del aliento fétido y del hedor corporal del otro.

—Sigue vivo y lo conozco. Él ha sido el ladrón de las armas de mi padre.

El rostro de Filoctetes se descompuso al oír esa revelación hasta un punto tal que creyó el muchacho que estallaría en llanto. De súbito, lanzó un gruñido de dolor, perdió la fuerza y después se desplomó en sus brazos.

—Llévame adentro, te lo ruego —susurró el melibeo—. Mi herida ya no sangra, pero duele como si la víbora me hubiera vuelto a morder.

Antes de hacer lo que le pedía, el muchacho titubeó y miró hacia el lugar donde se escondía Ulises en el bosque. Nada se movía allí. Probablemente seguía esperando su maestro en mentiras que consiguiera lo que le había ordenado, aunque su plan no había avanzado aquel contratiempo. Sirviendo de apoyo al herido, lo condujo al interior y luego lo ayudó a tumbarse en su pobre camastro, una yacija de heno. Quedó el melibeo tendido y jadeando, empapado de sudor. Con gran violencia se removía Neoptólemo en su interior al ver el daño que su farsa estaba causando a aquel hombre noble y maltratado por quienes se suponían sus compañeros. También a él, pensaba, se le presentaban esos hombres como

amigos, pero ¿cómo podía poner su confianza en personas tan falsas, tan cobardes?

Arrodillándose junto al doliente, le secó el sudor con un paño de tela que halló allí mismo. Sintió un cruel desgarro en el alma cuando procedió a exponer la falsa promesa que había diseñado el itacense para arrebatarlo de allí.

—Ilustre arquero, no creas que no te conozco y que no me han hablado de tus desgracias. He recalado justamente en esta isla extranjera porque deploro el abandono que has sufrido lejos de los tuyos. Es mi propósito devolverte a tu hogar. Vámonos al barco y quiera un dios encaminarnos velozmente a la tierra que ha de ser nuestro destino.

El más tierno agradecimiento y alivio brillaba en los ojos de Filoctetes. Poniendo su mano cansada encima de la del muchacho, se esforzó por hablar.

—Cuando el viento de proa amaine, entonces nos haremos a la mar. Ahora nos es contrario.

—Siempre hay viento favorable cuando se huye de peligros —insistió el otro.

Por fin logró sonreír el melibeo, después de largo tiempo, pues le enternecía la terquedad de su joven salvador.

—También para ello este es opuesto, pues, de seguirlo, nos llevaría a la Tróade. —Exhausto, entornó los ojos, aunque antes de entregarse al descanso, susurró unas últimas palabras—: Querido muchacho, ¿cómo podría yo mostrarte el amigo fraternal que tienes en mí? Para los hombres bien nacidos, lo moralmente vergonzoso es aborrecible y lo virtuoso, digno de gloria.

Tal diciendo, apartó el rostro y pareció que se quedaba adormecido. Así se vio Neoptólemo cogido a él con una

mano mientras tenía el arco y las flechas al alcance de la otra. Nada era tan fácil como alertar a Ulises y llevarse a Filoctetes amarrado, nada tan sencillo como arrebatarle las armas sin resistencia alguna. Y a pesar de ello no hallaba el hijo de Aquiles en su corazón la doblez necesaria para dar el golpe de gracia a aquel hombre lastimado.

◇◇

Marcharon el muchacho y el herido por quebrados senderos a través de la sierra, bajo arboledas espesas donde las ramas entrelazaban las hojas en una urdimbre que el sol atravesaba en chorros dispersos. Confiado se abrazaba Filoctetes al hijo de Aquiles, que iba vigilando de soslayo la fronda y las flechas que el arquero llevaba en el carcaj a la espalda. De tanto en cuanto se dolía el melibeo de su herida y pedía un alto breve. Se le amorataba por momentos la pierna de la herida, como si la sangre corriera desbocada en su interior fuera de las venas, anegándole la carne. Neoptólemo procuraba apartarlo de su vista con el rostro inflamado de vergüenza.

Descendían ya hacia la orilla por una cañada. Abajo se veía el mar con un doble colorido, rojizo el cercano a la tierra y azul oscuro el de las aguas profundas. Como resbaló en un mal paso el melibeo, tuvo que volver a asirse a su acompañante. Neoptólemo admiraba la fuerza con la que había soportado la herida y la traición durante años. Una mueca de dolor deformó el rostro del arquero.

—Sujétalo, te lo ruego, en tanto no remita mi dolor por el camino. Y ufánate, pues eres el único de los mortales que, gracias a su virtud, puede tocarlo. Por rendir un favor lo obtuve yo también.

Le puso el arco en las manos. Neoptólemo quedó mirando el arma, estupefacto. Sostenía el arco que había tensado el mismo Hércules, que Filoctetes le entregaba de buen grado.

Con un nuevo esfuerzo, llegaron a la ensenada donde aguardaba, varado en la arena, el combado bajel que había traído a Neoptólemo. Divisó enseguida el hijo de Aquiles que Ulises había llegado al barco antes que ellos y que se echaba a toda prisa por encima la túnica de un marinero para ocultar su vestimenta. De espaldas, todavía a distancia, daba órdenes a la marinería para zarpar de inmediato. Se iba entorpeciendo el paso del melibeo, como si la enfermedad empeorara a medida que se acercaba a su enemigo. Llegó un momento en que Neoptólemo sintió tanto su peso que creyó que ya no caminaba y que lo estaba arrastrando. Entonces, al ir a preguntarle si necesitaba un descanso, advirtió en su rostro un gesto que no era de dolor sino de sospecha. Fijamente miraba al patrón del barco, de tal modo que parecía reconocerlo.

Llegaron al linde del pinar y se disponían a salir a la arena cuando Filoctetes se detuvo y Neoptólemo vio que no podría moverlo. Como no avanzaban, los marineros volvieron la atención hacia ellos desde la orilla. También se giró el patrón del barco, aunque se colocó de costado para sustraerse a la vista. No necesitó más Filoctetes para saber quién era, pues había luchado a lo largo de muchas noches negras para mantener fresca en su recuerdo la imagen del hombre que lo había desechado como un despojo y dejado en una cueva. Se apartó del muchacho con brusquedad, ahíto de veneno.

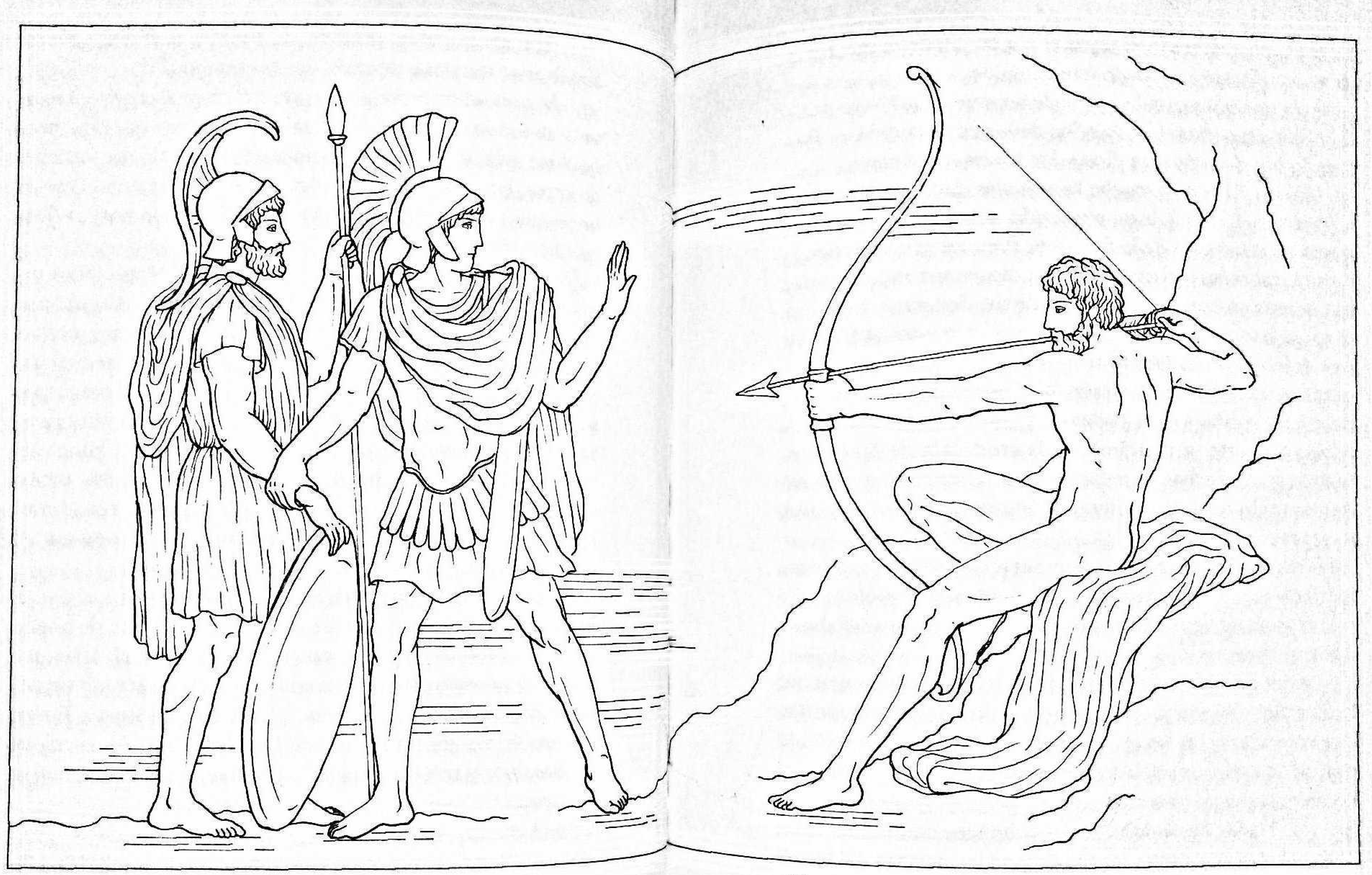
—¡Ser abominable, modelo de funesta perfidia! ¿No te abochorna mirarme después de esta traición?

—Me abochorna, sí, pues todo produce rechazo cuando uno abandona la propia naturaleza. Hubiera querido persuadirte por mis propias razones, y, siguiendo las órdenes de otros, he cometido una falta que me atormenta. Pero es necesario que navegues a Troya junto a los helenos y la flota que han reunido Micenas y Esparta.

Desde la orilla se percató Ulises de que Neoptólemo tenía en su poder el arco y que Filoctetes había descubierto la treta, y, decidido a salvar la situación a cualquier precio, arrancó a correr hacia ellos. Si no lograban llevarse al arquero, al menos habían de conseguir las armas. No en vano se contaba entre los griegos con Teucro, que era muy diestro en ese mismo arte y no manejaría el arco de Filoctetes mucho peor que su dueño. Sin temblarle el pulso estaba dispuesto el itacense a abandonar por segunda vez al melibeo si lo único que estaba en su ánimo era quedarse en aquella isla.

En cuanto vio el arquero que Ulises se acercaba, alargó el brazo hacia el arco y tiró de él con brusquedad, de modo que Neoptólemo, que se sentía turbado por el odio que rezumaban sus ojos y no imaginaba que conservara todavía tanta fuerza, no tuvo tiempo de mantenerlo sujeto. En un suspiro había montado el hábil arquero una de las saetas implacables y tensaba la cuerda apuntando a Ulises, quien se detuvo al instante, ya a poca distancia.

—¡Aguarda, por los dioses, no dejes escapar ninguna flecha! —gritó Neoptólemo, mostrando intención de acercarse a Ulises, a quien Filoctetes detuvo señalándolo con el proyectil—.



Neoptólemo detuvo a Filoctetes antes de que el arquero disparara la mortífera saeta.

Es Zeus, que gobierna esta tierra, el que ha dispuesto que hayas de acabar el viaje que quedó interrumpido.

—¿Es que por segunda vez he de ser engañado? —respondió Filoctetes, retemblándole los dedos en la cuerda—. Poniendo por delante a los dioses, los hacéis mentirosos.

—Tranquilízate y escucha las noticias que hemos venido a traerte —terció Ulises, atrayendo sobre sí de nuevo la punta amenazadora de la flecha—. Bien sabes que padecemos los mortales la fortuna que los dioses nos asignan, porque somos un mero instrumento de sus designios. En tanto el sol se levante y luego se ponga, no te vendrá el final de esta dolencia hasta que te reúnas con los demás griegos y te sanen los hijos de Asclepio, que están en nuestras filas, pues ellos recibieron el poder de curar de su padre. Cumplido esto, se te verá saqueando la ciudadela de Troya con tu arco y tus flechas. Y te diré cómo sabemos que está así dispuesto: lo declara el adivino Calcante, a quien conoces y respetas.

Lo miraba Filoctetes con gesto perverso, que, sin embargo, reflejaba dudas. A su lado se daba cuenta Neoptólemo de que el ansia de verter la sangre de su enemigo le nublaba el razonamiento.

—¡Ojos que habéis contemplado todos los agravios que me han hecho! —vociferó el arquero—, ¿cómo podríais soportar que conviviera con los grandísimos infames que me perdieron? ¿Cuánto he de sufrir aún de su parte? ¡Odiosa existencia, no me mantengas vivo aquí arriba y permite que me dirija al reino de Hades, llevándome a mis enemigos conmigo!

Vio el hijo de Aquiles que endurecía los nervios del brazo y que tiraba un poco más de la cuerda para que saliera el

proyectil con tal violencia que atravesase el pecho de Ulises hasta asomar por el otro lado. ¿Qué hacer? ¿Saltar sobre él y echarlo al suelo, a riesgo de herirlo o herirse con la punta venenosa que daba la muerte instantánea? ¿Dejar que la justicia siguiera su curso y que aquel hombre insigne acabara con quien lo había afrentado? ¿Cuál era el mejor modo de reparar la falta cometida al participar en el engaño? Como no admitía más tensión el arco, parecía que era inminente que disparara Filoctetes y, sin embargo, todavía vacilaba otro poco. Se cumplía el momento supremo en que Neoptólemo debía actuar o, absteniéndose de hacerlo, permitir la muerte de Ulises de Ítaca.

Nunca supieron ellos ni sabría nadie cómo se hubiera resuelto el dilema ni cuál hubiera sido la decisión final del arquero, puesto que, antes de que sucediera una u otra cosa, tuvo lugar un prodigio que llevó los acontecimientos por otro derrotero. Sin más, el cielo, que había estado despejado, se oscureció súbitamente y sumió la isla toda en espesa sombra como si una montaña que volase por los aires se interpusiera entre ella y el sol. Se alzó una ráfaga violenta y helada que sacudió los árboles como espigas y rizó la superficie de las aguas. Sintiendo en la carne la mordedura de los cristales de hielo que volaban por doquier, se echaron a tierra los mortales, ovillados, estremecidos de pavor. Solo Filoctetes permaneció de pie, mirando hacia lo alto, donde una luminaria descendía desde más allá de la oscuridad. Trepidaba su cuerpo entero, presa de un espasmo, con el hielo haciendo colonia en su piel y en su vello, y aun así mantenía él los ojos bien abiertos, radiantes, a través de la brutalidad del ciclón, fijos en la luz. A su lado, Neoptólemo

se cubría la cabeza, encogiéndose en el suelo, pero aún tuvo ocasión de entrever que los pies de Filoctetes se elevaban del suelo delicadamente por un breve espacio, el suficiente para que quedasen suspendidos con la ligereza de la que su cuerpo carecía.

Se prolongó el éxtasis del arquero lo mismo que la ventisca. Tan pronto como amainó el viento y se acallaron los rugidos del mar y el bosque, se desplomó Filoctetes en el suelo semejante a un muñeco de trapo. Sacando la cabeza, lo observaron Ulises y Neoptólemo sin atreverse a acercarse, el corazón todavía acelerado, el terror latiendo aún en las sienes. Entonces vieron que el arquero se movía y, tras alzarse, corrieron a su lado. Hondamente suspiró Filoctetes al abrir los ojos y hallar sobre él sus rostros empalidecidos.

—En atención a mí ha abandonado las celestes moradas el mejor amigo de mi casa para comunicarme los propósitos de Zeus e impedir que tomase el camino que iba a emprender. He contemplado a Hércules y escuchado en sus propias palabras cuál es el destino que me aguarda. —Levantó la mano hacia el hijo de Aquiles para que lo ayudara a incorporarse y dijo solo una frase más, la única que le oirían los griegos hasta que su pie enfermo hollara por fin la arena de las playas troyanas—. Marchemos juntos. Nos urgen los sempiternos y el viento que sopla de popa.

Sujetándolo férreamente, Neoptólemo lo hizo levantarse.

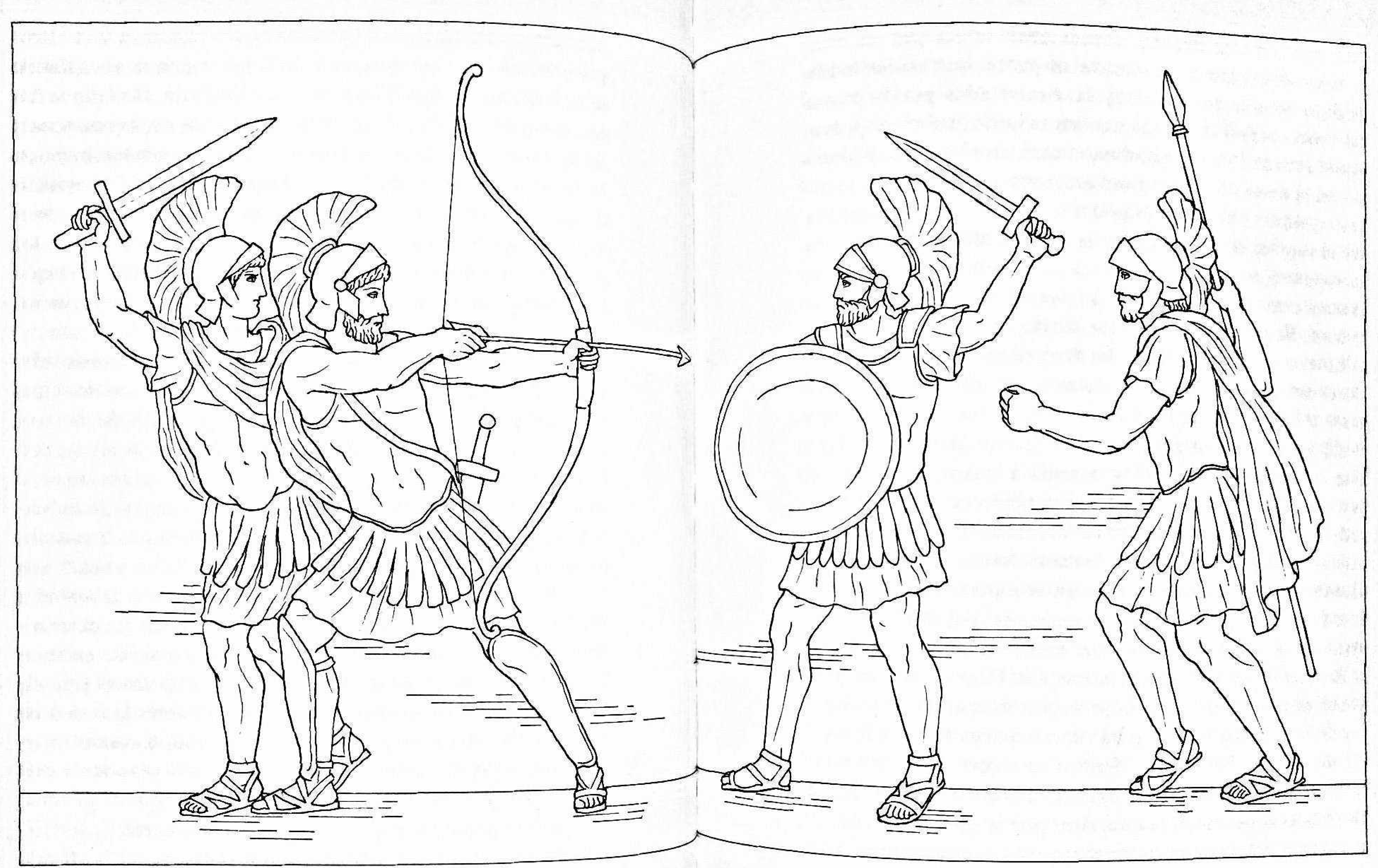
◇◇◇

Igual que brama la hinchada ola del fragoroso mar cuando choca contra los huesos de la Tierra a los pies de una des-

carnada costa, así rugía el clamor de los hombres y el estrépito del metal en el desorden de la refriega que anegaba de sangre la llanura frente a las murallas de Troya. De las puertas manaban los defensores en tropel para sostener la resistencia de la hueste que había salido a chocar contra los helenos. Una vez más los centinelas del Escamandro habían avisado de que el enemigo cruzaba el río desde su campamento y los troyanos estaban bien preparados. Aquel día atacaban los griegos con renovado empuje y veían los defensores que les costaba mantener la solidez de la primera línea y que no dejaban de necesitar más y más refuerzos.

En lo más confuso del marasmo corrían los oscuros mirmidones, los guerreros de Ftía, detrás de su caudillo. Cual manada de lobos de negro pelaje que volviera de la caza, llevaban impregnadas las ropas, la armadura y las armas con la sangre de la matanza que hacían en las filas enemigas. Al frente de ellos refulgía Neoptólemo con las armas de su malogrado padre, y, con la misma intensidad de aquel arrastraba a los suyos, convencidos de que Aquiles había vuelto a la vida. A los troyanos se les empequeñecía el alma al volver a ver a los mirmidones tan bien dirigidos, e iban preocupándose menos de causar daño al contrario y más de escrutar adónde huir del abismo de la ruina. Como vio el jefe de Ftía que escapaban a su paso, dio a sus hombres la orden de que se esparcieran, y así, como una riada, inundaron los mirmidones todo el campo de batalla y suscitaron todavía más furioso el entrechocar de metales y el inextinguible griterío de quienes mataban y quienes recibían la muerte.

Una y otra vez se abalanzaba Neoptólemo allá donde más numeroso era el tropel y, rodeándose de enemigos,



El joven Neoptólemo refulgía al frente del ejército de guerreros mirmidones.

descargaba hacia delante, firmemente sujeta por el asta, la reluciente pica de fresno de su padre, que nadie había podido blandir hasta su llegada. Atravesados por la punta de bronce caían con lamentos los troyanos sobre el polvo, aquel alcanzado en el hombro, el otro, en el vientre y alguno en el muslo. Si uno tal vez escapaba del primer impacto sustrayendo el cuerpo, no podía evitar la siguiente lanzada en el cuello, en la mano, en la pierna, allá donde menos lo esperara, pues hacía vibrar el hijo de Aquiles su afilada arma a uno y otro lado con la levedad de una rama que la brisa se llevara.

En el otro flanco silbaban las flechas de Filoctetes cortando el aire antes de cada blanco infalible, de atravesar corazas y yelmos, de ensartar a pares los cuerpos que estuvieran enfilados. Protegido por el venablo de su amigo Cleodoro, que no se separaba de él y detenía a cuantos pretendían acercarse, el arquero de Melibea —perfectamente recuperado— anegaba el campo de cadáveres a su paso. Sus saetas volaban sin apenas ser vistas: solo el funesto zumbido del aire se oía antes de que entregaran la muerte envenenada y fueran tumbando los antes vigorosos cuerpos cual alud que arrasara las laderas de un monte.

Acabando de hacer blanco, cargaba Filoctetes otro proyectil cuando oyó precipitarse sobre él, apremiante, el silbo de una flecha enemiga. Su oído experto le hizo echarse atrás y vio zumbar la saeta frente a su rostro y clavarse en el hombro de Cleodoro, que rugió de dolor y desasió su lanza. Buscando al punto en la dirección por la que había llegado el disparo, no tardó en situar al arquero. Estaba subido a un amontonamiento de cadáveres para tener una posición de

ventaja y ya echaba mano al carcaj para rematar la faena. Era el mismo Paris, el raptor de la reina de Esparta. Apuntándole, le gritó el melibeo con voz de trueno:

—¡Ladrón troyano, hoy pagarás los males que has causado a los griegos! Cuando hayas muerto, la ruina se abatirá sobre tu casa y tu ciudad como una tormenta de lodo.

Con un crujido de la cuerda, salió silbando su proyectil, que, como disparado por las manos del divino Hércules, no falló, si bien no hizo más que arañar la coraza de Paris cuando se puso de lado para tender el arco y disparar. Apenas vio Filoctetes que se cernía sobre él la segunda flecha del troyano, se tiró al suelo para evitarla, y la punta penetró de frente en el rostro de Cleodoro, cuyos dos ojos reventaron al recibir el impacto y por la boca y la nariz le manó la sangre. La negra nube de la muerte lo cubrió al tiempo que se desplomaba.

Mientras Paris volvía a montar una flecha, Filoctetes, en el suelo, buscó el parapeto de un cuerpo caído y se hurtó a su vista. Por el contrario, como el troyano se hallaba elevado, se le veía muy bien y tenía enfrente pocos obstáculos. No quiso perder tiempo el melibeo y, tendido como estaba, cargó y tensó hasta el pecho la cuerda del arco con tanta fuerza que el asta se curvó. Su disparo silbó desde abajo, sorprendiendo a Paris, y fue a clavársele en la ijada. Cayó atrás el troyano, presa de un dolor insufrible, temblando todo su cuerpo. La flecha había penetrado hasta la médula del hueso, y la herida se volvía negra y ponzoñosa por efecto del veneno. Se lo llevaron los suyos a rastras entre terribles aullidos, cerrando la formación alrededor para protegerlo. A toda prisa lo condujeron al interior de

los muros al tiempo que se alzaba el bramido de vítores y gritos de victoria en el bando de los helenos con tal estruendo que pareció que bajaban desde el Olimpo nubes nacidas de la voluntad del señor de los cielos y, desgarrando el aire, se desencadenaba una tormenta. Las palabras de Calcante no habían sido vanas. El cumplimiento de los oráculos no demoraba su fruto.

4

La estatua sagrada

Alertado por un escozor repentino, Ulises se golpeó con la palma en el cuello, que tenía requemado por el sol, pues, como estaba agobiado por el calor, había hecho todo el trayecto sin el casco para que el galope de los corceles de su carro le refrescara la cara. Al ver en su mano el mosquito que había aplastado, no pudo evitar pensar que acababa de derramar la primera sangre de la jornada. Se colocó el casco observando la nube de negro polvo que se apiñaba dentro de Troya, al otro lado de la muralla, debido a la preparación de la defensa. Una multitud de sombras cubría los parapetos con intenso griterío, aprestando jabalinas, dardos y piedras.

Volviéndose hacia su tropa, que aguardaba en formación bajo el implacable astro del día, repasó las filas de todos aquellos aguerridos hombres que lo habían seguido desde las islas que eran su reino. Ahora se asfixiaban en el interior de sus protecciones de metal ardiente, bañados de sudor, como todos

los demás helenos que esperaban las órdenes de sus caudillos a uno u otro lado de la inconstante línea que componían, unos más adelante y otros más retrasados, los muchos contingentes del ejército griego.

Desde la muerte del seductor Paris habían vuelto los defensores a evitar arriesgar sus tropas en batalla, desconfiados del campo abierto, y se quedaban guardando la ciudad desde los muros. Aunque el pundonor y el coraje los incitasen a trabar combate, se limitaban a atrancar las entradas cumpliendo con lo ordenado por sus jefes y, al amparo de las torres, se quedaban esperando al enemigo, puesto que así lograban que sus bajas fueran mínimas y al mismo tiempo causaban al otro una mortandad desproporcionada.

Fue el impetuoso Neoptólemo quien dio la primera voz para romper el compás de espera en el que habían entrado al constatar que tampoco el enemigo saldría a su encuentro aquel día. Adelantándose al bloque compacto de los mirmidones, quienes lo seguían todos a una cual bandada de cuervos que dominase los cielos, alzó su lanza de fresno para hacer centellar al sol la acerada punta y bramó:

—Mis valientes guerreros, ¿no os pasma la flojera de los troyanos, que no nos plantan cara con las armas, que se amparan dentro de sus muros? ¿Quién de vosotros se presta a arremeter conmigo contra esas puertas y a quebrantarlas? Para arrancar a los cobardes de su encierro y lanzarlos al llano, para envolver en llamas la casa de Príamo, no hacen falta las armas que Hefesto forjó para mi padre ni todo el ejército heleno, sino únicamente los mirmidones de Ftía.

Tal diciendo, tiró la lanza a un lado, el escudo al otro, y luego desenvainó la espada. Le respondieron los suyos con un

clamor, mientras que los demás griegos lo contemplaban con preocupación, porque veían que iba a llevar a cabo una acción que era lo mismo heroica que estúpida y que su padre jamás habría aprobado. Así sucedió cuando apretó a correr enfurecido hacia los muros como una bestia con hambre reprimida por largo tiempo y salieron tras él sus hombres en marabunta con un rugido espantoso que hizo retemblar el llano.

Según se aproximaban los negros ftíos a la carrera, se tensaron briosamente los arcos en lo alto de los muros y se voltearon las jabalinas con correas. Un instante después se cubrió todo el cielo de dardos y proyectiles de variados grosores y llovieron sobre los broqueles y los yelmos de los asaltantes, que resonaron al recibirlos con el estruendo de una densa tromba de granizo que despeñasen cerrados nubarrones en el mar. Obligados a detener su avance, los mirmidones resistieron la primera andanada, pero, no bien hubo cesado, volvió a salir su caudillo de la protección que le habían dado los más cercanos. En el mismo instante en que asomó y volvió a encarar la muralla, chasqueó un arco portador de muerte que iba dirigido por el pulso firme de un excelente arquero y la saeta, zumbando, fue derecha hacia Neoptólemo. Con hórrido estridor le atravesó el casco, cuyo metal hendió con la punta. Cayó hacia atrás el muchacho por causa del poderoso empuje. Al punto los troyanos corearon con sus gritos, exaltados hacia el cielo sus ánimos, en tanto que el ejército griego al completo, en vanguardia y retaguardia, quedaba sin aliento, paralizado. ¿Había muerto también en Troya el vástago del mejor de todos ellos?

Ágilmente saltó Neoptólemo para ponerse en pie, se quitó el casco con la flecha clavada cual macabro adorno y lo

arrojó lejos de sí, acuciado por la furia. Solo un rasguño le hería la testa, pues la punta había logrado penetrar escasamente. Dio un aullido rabioso, dispuesto a embestir de nuevo, pero fueron los propios ftíos quienes lo detuvieron, viendo que ya se oscurecía de nuevo el cielo sobre sus cabezas con el turbión de muerte que caía de las murallas. Recularon a toda prisa y en desorden vergonzoso más allá de la línea de alcance de los proyectiles troyanos.

Volviéndose hacia la retaguardia, advirtió Ulises que Agamenón, sobre su carro, daba la orden de retirarse a los de Micenas. Un choque estéril tras otro les había enseñado la imposibilidad de aplicar una estrategia de desgaste en tanto que a los de adentro no les faltasen alimentos ni bebida, y en las bodegas del opulento rey Príamo quedasen vituallas suficientes para saciar a tantos como eran y a cuantos aliados en su auxilio tuvieran que recibir.

◇◇◇

Durante varias jornadas cesó la actividad bélica y permanecieron los helenos en su campamento. Cada amanecer veían con desaliento al otro lado del Escamandro cómo se elevaba en el cielo azul y despejado la fortaleza que era Troya y perdían la esperanza de abrirle brecha algún día. Aprovecharon muchos para visitar las tumbas de familiares y amigos. Entretanto se reunían los jefes, evitando el ágora y a espaldas del grueso de los hombres, en la tienda de Agamenón o en la de Menelao, para discutir más abiertamente en encuentros a los que Ulises pronto dejó de ir, molesto por la futilidad de lo que se decía.

Así sucedió que en cierta ocasión al caer la fresca noche, estando el de Ítaca en su tienda, le anunciaron que acudía a

visitarlo Calcante. Conducido por la guardia, entró el preclaro agorero apoyado en su bastón, con su larguísima barba blanca asomando por debajo del manto con que se cubría la cabeza aquellos días para apartar de sí las miradas disgustadas, puesto que no eran pocos los que le tenían por charlatán ante la fugacidad del impulso que les diera la llegada del hijo de Aquiles y las flechas del héroe divino. Se alzó para recibirlo Ulises, que había estado encendiendo el pequeño fuego del hogar en el centro de la estancia. El adivinador descubrió su avejentado rostro.

—A pesar de tus recelos para conmigo —dijo—, sé que compartimos la conciencia de lo absurdo que es el empeño de estrellarse una y otra vez contra los muros de Troya. Puedo yo decirte que no dejará de ser así mientras no hayamos llevado a ejecución todas las profecías que pesan sobre ese baluarte.

—Más condiciones, eso vienes a anunciar —replicó el itacense con resquemor, llegándose a la mesa donde lo aguardaba una jarra del dulce néctar de Dioniso.

En lo atinente al agorero, el suyo era en aquel momento el mismo sentir que el de los demás, aunque más por rechazo intestino al daño que siempre traían sus vaticinios que por animadversión a su persona.

—Yo anuncio únicamente lo que se me da en saber y no siento vergüenza de confesar que ha llegado el momento en el cual ya no sé más. Como fuere, no necesito ese don para recordar que el más clarividente de los troyanos es uno de los vástagos de Príamo. Tengo la certeza de que el adivino Héleno está al tanto de dónde reside la protección divina de la ciudad. Solo él puede revelarnos la última profecía.

Ulises conocía a Héleno por haber chocado con él en la batalla, pues era también un combatiente notable, y de haberlo tratado en el palacio de Príamo antes de la guerra. Se le tenía por un hombre de gran nobleza, muy querido por su padre.

—Te deseo suerte en la entrevista. Nada más simple que preguntar por él a las puertas de Troya y que lo hagan acudir para ti.

Habiéndose servido en una copa, echó un trago el itacense sin hacer ofrecimiento a su visitante.

—Héleno está aquí, es prisionero de Agamenón —reveló Calcante, dejando atónito al otro y con la copa en el aire—. Ha confesado de buen grado, movido por el despecho contra su hermano Deífobo. Vengo a llevarte con él.

Rápidamente soltó Ulises la bebida sobre la mesa, y lo hizo con tanto ímpetu que no se detuvo a mirar que se volcaba y se desparramaba el vino. Descorriendo la cortina, salió sin esperar a que el adivino le abriese el camino.

Descendieron por las callejuelas del campamento, entre los barcos y las tiendas y los fuegos encendidos al raso en los que los hombres asaban carne o el producto de alguna pesca y se ensimismaban mirando las llamas. Conforme se acercaban al barco del soberano de Micenas, Calcante explicó en cuchicheos que habían atrapado a Héleno en un refugio del monte Ida. Sabía Ulises que, a la muerte de Paris, las disensiones sobre cómo dirigir el curso de la guerra habían hecho mella en los hijos de Príamo y que Deífobo, el sucesor del malogrado Héctor como heredero del trono y general de las fuerzas de la ciudad, había aprovechado para imponer su matrimonio con Helena. Ante tales noticias había aconsejado el itacense enviar espías para sacar ventaja de la situación sin que nadie le informara jamás de si se había hecho ni de si había resultados.

Siguiendo al adivino, accedió por una entrada discreta a las entrañas del bajel micénico, que había dispuesto su monarca tal como el gran salón de un palacio para tratar cuestiones de su reino o aquellas que, en calidad de comandante supremo de los helenos, quería mantener confidenciales. Allí lo encontró, departiendo en voz queda con su hermano Menelao, y reconoció, sentado entre los dos, libre de ligaduras aunque con expresión medrosa, al troyano Héleno, que iba ataviado con las holgadas ropas de adivinador que recordaba haberle visto años atrás cuando acudió en embajada a visitar al rey Príamo con objeto de solventar por medios pacíficos el desencuentro entre ambos pueblos.

Oyó el de Ítaca movimiento en el mismo acceso por el que acababa de entrar y, mirando hacia allí, se sorprendió ante la llegada de Palamedes, que traía consigo a Diomedes de Argos. Al ver que aquel rastrero también estaba en el encuentro secreto y que, después de dejar al argivo a su lado, se acercaba a Agamenón para susurrarle al oído, notó lo mismo que una lanzada que le perforase el estómago hasta salirle por la espalda. No tardó en comprender Ulises que el eubeo conocía de sobras todo lo que a él le habían ocultado y sospechó, incluso, que tal vez fuera cosa suya que lo mantuvieran apartado.

Reparando en que el de Ítaca permanecía inmóvil y en silencio, luchando a duras penas por acallar el malestar que revolvía lo más hondo de su alma, el rey de Micenas se dirigió a él con una expresión dura que proclamaba que nada tenía que decir de su conducta.

—Los espías de Palamedes descubrieron a este hombre huyendo de la ciudad y, como es muy principal en la casa de Príamo, tuvieron el acierto de seguirlo. Lo hemos tenido oculto para evitar que lo tomasen como víctima las iras de los nuestros. No ha sido necesario forzarlo a hablar, pues tiene interés, como nosotros, en acabar con la guerra.

Puso la mano en el hombro del prisionero con un gesto leve pero preñado de violencia. Estremecido por la intensidad de ese contacto, explicó Héleno entonces:

—Hay en el corazón de la ciudadela un templo consagrado a Atenea. Lo preside la imagen que llamamos Paladio, porque fue obra de la diosa en honor a su fraternal amiga Palas, a la que dio muerte involuntaria. Tiene tres codos de alto y los pies unidos, en la mano derecha la lanza enhiesta y en la izquierda la rueca y el huso. Fue un regalo de Zeus al rey Ilo cuando construía la ciudad. Habiendo suplicado al soberano de las celestes moradas que le mostrase algún signo para determinar si estaba edificando en el lugar correcto, un día cayó la estatua del cielo delante de su tienda. Allí mismo le alzó el templo en el que todavía hoy se encuentra, donde Troya le ha rendido culto ininterrumpidamente desde que se yergue en esa colina. Mientras el Paladio esté en la plaza, no podrá ser conquistada, porque, por mucho que quiera daros su favor la sabia Atenea, la presencia de la estatua retendrá su brazo por siempre.

Tal diciendo, quedó en silencio, ante lo cual intermedió Palamedes, hablando a Ulises y Diomedes:

—Es preciso que uno de los nuestros se cuele en la ciudad para robar el Paladio, pero debe ser un heleno de corazón muy intrépido el que sea capaz de emprender tal proeza.



Hace un año, cuando el mismísimo Héctor llegó a nuestra empalizada y montó su campo en la llanura, vosotros dos os acercasteis para espiar al abrigo de la noche y capturasteis a Dolón, el hijo de su ilustre heraldo. Hoy la ruina de todos vuelve a estar en el filo de la espada y todavía es más urgente la necesidad que nos oprime, porque está a nuestro alcance la salvación, el fin de la guerra, la vuelta a casa.

Así habló el de Eubea y todos quedaron en espera de respuesta. No tardó en tomar la palabra Diomedes, tan temprano en el grito de guerra como en la asamblea:

—Mi corazón y mi arrogante ánimo me invitan a lanzarme a esta aventura, pero no puedo hablar por Ulises. Cierto es que no tomaría yo a ningún otro como compañero si estuviera en mi mano, pues sobresale su lucidez por encima de la de cualquiera.

La atención se concentró entonces en el rey de Ítaca, que fruncía el ceño, disgustado por que fuera Palamedes quien lo interpelase y hubiera arrastrado ya a Diomedes. ¿Cómo debía entender lo que le encomendaba? ¿Era una orden o el ruego a un compañero? Mirándolo con impávida faz, comprendió que, en uno u otro caso, no podía negarse al requerimiento como no había podido negarse jamás a propuesta alguna, por su honor, por su nombre, por la gloria de su casa. Contestó el fecundo en ardides, esforzándose por dar tono afable a sus palabras:

—¡Callad todos, no me alabéis demasiado, pues no hay hombre sobre la faz de la Tierra que no sepa ya lo que declaráis! Mañana, apenas caiga la noche y quede lejos la aurora, iremos Diomedes y yo a buscar el Paladio. Pero esperadnos aquí mismo y que ninguno de vosotros sucumba al sueño

antes de nuestra vuelta, no os convirtáis en la irrisión de vuestros héroes más audaces.

Gustosamente se carcajearon los presentes ante la bravata y también Ulises rio con ellos. Por fin, después de tantos años, dejaba de evitar la mirada de su enemigo y, bien al contrario, lo miraba a los ojos con alivio, pues, tan rápido como había aceptado la tarea, acababa de decidir que aquella sería la última encerrona y que a partir de aquel momento Palamedes tenía las horas contadas.

◇◇◇

Oía el pastor balar las ovejas con los estómagos resecos, en busca de los pobres pastos que apenas retoñaban en la pendiente, mientras regresaba de recoger ramas verdes para ellas por los alrededores, seguido de su perro, que iba registrándolo todo con su olfato. Como ya brillaba el lucero vespertino, aquel que llamaban Héspero y se tenía por hijo de la hermosa aurora se dispuso a reunir el rebaño, porque no tardarían en cerrar las puertas de la ciudad. Era hora de volver a casa.

Así como los helenos habían aprovechado la tregua para honrar a sus caídos, también los troyanos habían vuelto a abrir los accesos orientados en sentido opuesto al campamento del enemigo, los que miraban al suroeste, y salían por allí a visitar los túmulos funerarios de los suyos, sacaban a pacer el ganado y permitían que, aunque fuera por poco tiempo, renaciera el trasiego de carros con bienes de compra y venta, siempre bajo el control atento de las patrullas que recorrían los bosques y los caminos en prevención de un ataque súbito de los griegos.



Ulises miró con alivio a los ojos de Diomedes, con quien pronto robaría el Paladio.

Ladró ferozmente el can ovejero y se lanzó a correr por el camino lleno de polvo que orillaba el campo como si de un lobo se tratara. Esperó el pastor mirando vigilante en la dirección en que se había ido, por donde no tardó en aparecer un carro cargado de cestos de mimbre que traqueteaba penosamente con su tiro de cansadas mulas. El perro lo rodeaba y seguía ladrando. Lo aplacó su amo con la llamada de costumbre desde la linde del camino. Era aquel un ramal de la ruta que, saliendo de la puerta dardania, bajaba hasta el reino del notable caudillo Eneas y luego alcanzaba el monte Ida.

—¡Salud, amigo! —dijo el carretero, deteniéndose junto al pastor—. ¿Hallaré aún abiertas las puertas para mi trigo? He recorrido un largo camino al saber que Troya vuelve a recibir gentes de bien.

—¿De dónde vienes? —quiso saber el otro, más por curiosidad que por suspicacia.

—De Tebas, la que está al pie del Placo, que intenta alzarse de sus cenizas tras conocer el horror del infame Aquiles, el más atroz de los griegos, se arrastre su sombra por siempre sin memoria ante las puertas cerradas de los campos Elíseos.

—Entrarás si te apresuras, tebano. Yo ya voy tarde.

Así respondió el pastor, y no pudo añadir nada más porque otra vez enloqueció el can dando ladridos, que enseguida interrumpió un aullido de dolor y luego el silencio. Fue a volverse su amo para ver qué había sucedido cuando un brazo le rodeó el cuello y sintió en la espalda una dentellada ardiente que se hacía más y más intensa, más amarga, más oscura, y, aunque intentó alzar la voz para dar la alarma, le fue imposible porque se le deshinchaban los pulmones perforados.



Algo más tarde, cuando ya el cielo de levante se volvía cárdeno y enrojecía el de poniente, las sombras oblicuas de las inmensas torres de defensa que flanqueaban la puerta dardania se prolongaban sobre el campo de extramuros. Pasó el rebaño de ovejas bajo el arco de la entrada, junto a los centinelas, sin que ninguno reparara en el pastor —porque había cambiado la guardia en varias ocasiones desde que saliera por la mañana—, ni tampoco troyano alguno supiera reconocer bajo sus rústicas ropas de piel de carnero al mismísimo Ulises de Ítaca, que se adentraba en Troya caminando con libertad.

Iba cayendo la brillante luz del sol más allá del océano, en el confín del mundo. Los troyanos veían con disgusto la llegada de las tinieblas, que ocultaban para ellos mil espantos, y correteaban a sus casas. Como andaba enfrascado cada uno en sus propias cuitas, no saltó a la vista de nadie el carro que había quedado abandonado en un extremo del mercado, todavía cargado de grano aunque todos los puestos estaban recogidos. Pronto relumbraron las hogueras por toda la ciudad, descubriendo atalayas, muros y torres, las entradas de las casas y las cúspides de palacios y templos. Las calles moteadas de luces semejaban el reflejo en un estanque de las estrellas que, alrededor de la luna clara, aparecían relucientes en el firmamento. Los centinelas se turnaban entre chanzas y juegos y echaban a suerte los puestos de peligro que guardarían durante la noche. Avisada por los vecinos, una patrulla acudió al barrio de la zona más montuosa, cercano a la ciudadela, donde un buen puñado de ovejas, espantadas por la ausencia de su dueño y alborotadas por los ladridos de los perros guardianes de las casas, trepaban unas

por las calles más altas y otras bajaban a la carrera hacia la parte llana de la ciudad. Por más que estaban amaestradas para reunirse a una voz, como todo el ganado ovino, esta vez el miedo les infundía el olvido de esas normas y a duras penas lograron reunirlas los soldados con ayuda de algunos ciudadanos.

A esta hora se cerraban asimismo las puertas de la ciudadela, el recinto poderosamente fortificado que dominaba la ciudad desde lo más alto de la colina, en cuyo interior se comprendían el palacio del rey Príamo y las mansiones de su ilustre prole, así como los templos con más devotos y los recintos sagrados que acogían los restos de los próceres de la ciudad. Justamente los últimos en cruzar las puertas, apurando hasta el momento preciso en que se cerraran, eran los suplicantes, aquellos troyanos de toda condición, desde ciudadanos opulentos hasta pordioseros, que acudían a orar a su dios o a venerar a los reyes y héroes del luminoso pasado. Por fin, cuando se hubo abatido por completo la negra noche sobre la tierra troyana, chocaron las dos pesadas hojas de bronce del fortín de Príamo con un metálico retumbar, que, en su descenso por entre las casas, fue tornando el ambiente sereno, como si fuera un heraldo del muy necesario consuelo.

Reinaba el silencio a lo ancho y a lo largo de Troya cuando se alzaron dos sombras que habían permanecido ocultas y, deslizándose por la lobreguez translúcida de la noche, remontaron las callejas de la ciudadela. Refugiándose en un pórtico, acecharon la amplia plaza que quedaba bajo la vigilancia del templo de Atenea, solemnemente aposentado en la culminación de su encumbrada escalinata. Ni un sonido se

oía ni se veía vida alguna en derredor. Desconfiados a pesar de ello, se escurrieron los intrusos al abrigo de la oscuridad que arrojaban las paredes de los edificios aledaños para aproximarse al santuario hasta el pie mismo de los grandes escalones. Llegando allí, fue a precipitarse hacia arriba la primera figura, que, al salir a la luz de la luna, se descubrió como un mendigo envuelto en sucios harapos, la cabeza cubierta por la túnica raída. Pero no alcanzó a subir, porque el otro alargó la mano para devolverlo de inmediato al refugio de la penumbra. Estuvieron aguaitando inmóviles la entrada columnada del templo, escalinata arriba, y aguzando el oído: parecía que se oía un murmullo, tal vez una rozadura, pero luego nada, la mortal quietud que era señora de toda la plaza. Finalmente decididos, ascendieron por los escalones sin el más mínimo escándalo, puesto que iban desprovistos de calzado.

Formidable se erguía en lo alto de su pedestal la efigie tallada por manos divinas en recuerdo de la valerosa Palas, con la pesada pica y el casco empenachado, tan vivos sus rasgos y su mirada que parecía que iba a descender el rostro hacia los dos solicitantes que irrumpían en su sagrada mansión a horas extemporáneas. Estremecidos, detuvieron el paso los importunos tan pronto como cruzaron las columnas que rodeaban la sala y, cautivados por la visión sublime de la imagen, que irradiaba la fuerza de la diosa misma, se descubrieron en señal de respeto. Ulises y Diomedes, con el aliento detenido, no podían apartar los ojos del Paladio y se sentían incapaces de moverse, pues el más mínimo sonido reverberaba en la estancia de alto techo y producía a su sensibilidad el dolor visceral de un ultraje. ¿Cómo arrancar aquel portento de su casa? De repente, les pareció la suya una misión inconcebible, imposible de realizar.

—¿Quién anda ahí? —oyeron a su espalda.

Girándose al punto, hallaron la silueta de un guardia que se recortaba en la puerta del templo. En el rapto que les había producido el encuentro con el Paladio se habían separado del mundo, sin embargo, al verse descubiertos, no dudaron ni un instante. Se lanzaron contra el troyano en un suspiro, haciendo relumbrar uno el metal de la daga a la luz plateada de la luna mientras que el otro lo sujetaba y le tapaba la boca. Sin miramiento alguno hacia la figura sagrada, que todo lo contemplaba, aprovechó Ulises la rendija lateral del peto para perforarle a su víctima las costillas por el lado en busca del pulmón. Rápidamente se le fue la vida al centinela sin ser capaz de gritar. Arrastraron el cuerpo por detrás de las columnas y luego corrieron al pedestal. Examinando la base de la estatua, vieron que no tenía anclaje alguno y que no se mantenía en su lugar más que por su propio peso. Sobrecogidos, se miraron el uno al otro y, después, tomando aire, se encaramó Ulises a la peana de un salto al tiempo que Diomedes abrazaba los pies de la estatua. Empujando el itacense y sosteniendo el de Argos, no tardaron en lograr que se inclinara.

◇◇◇

Al día siguiente, según iba clareando, descubrieron los guardias troyanos que acudían al cambio de turno en las puertas de la ciudadela de Príamo que los puestos de vigilancia estaban desiertos. Buscando a sus compañeros, los fueron encontrando en rincones recónditos y oscuros, sobre charcos de sangre ya cuajada. En ese mismo instante llegaban los centinelas de refresco al bastión del suroeste, donde hallaron

que habían sido muertos a cuchillo sus vigías. Como aquella torre dominaba el despeñadero que caía por la parte trasera de la colina —por donde muchos troyanos tiraban los desperdicios—, fueron a investigar la pequeña puertecilla para los cabreros, que estaba en su base. Hallaron la portezuela desatrancada y, en el puesto de guardia que cuidaba de ella, a todos los vigilantes con el cuello rebanado.

Ya se colaban entre las columnas del templo de Atenea los primeros rayos de sol y encendían el pulimentado suelo cuando se levantaba en la ciudad el alboroto producido por el alevoso asalto. Al culminar el último escalón y entrar bajo el pórtico mismo, una sacerdotisa advirtió que pisaba un charco reseco de negra sangre y, siguiéndolo con la mirada en busca de su origen, vio asomar los pies de un guardián detrás de una columna. Una sombría anticipación le atenazó la garganta y la hizo lanzarse corriendo adentro. Apenas penetró en la sala del Paladio, sintió que se le desgarraba el alma. Tanto le temblaron las rodillas que no pudo evitar doblarlas y, cayendo al suelo, lanzó un gemido de angustia. Ante ella se erguía el pedestal vacío. El regalo del soberano celeste, obra inmortal de la más sabia diosa, escudo divino de Troya, había sido robado. La ciudad estaba condenada.

5

Manos tintas de sangre

Tras haber elevado súplicas y espolvoreado granos de cebada majada, asaba el sacerdote los muslos y las vísceras de un toro sobre los que vertía vino rutilante. A su lado los cocineros trinchaban las demás reses de la hecatombe e iban ensartando las piezas en brochetas que luego ponían al fuego en asadores de cinco puntas. Corrían los pedazos asados de lomo vacuno, de costillar, de pecho y de carrillada de mano en mano entre la multitud de helenos que abarrotaba el ágora y la playa, sin que a nadie faltara equitativa porción a pesar de haber acudido hasta el último de ellos.

Todo el día llevaba celebrando el ejército griego en pleno. Por la tarde, los más jóvenes se reunieron en la parte del ágora donde se hallaban los templetes de los dioses y alabaron a su protectora Atenea con danzas y cantos de alegría que entonaban alrededor de su altar, sobre el cual presidía la fiesta el Paladio robado. Con su gesto hierático y los miembros

agarrotados, parecía que la luz inclemente del sol había arrebatado a la estatua toda divinidad y la había transformado en un simple pedazo de madera.

Festejaban con similar gozo los caudillos de todos los contingentes, sentados aparte del bullicio, delante de la nave micénica. Contentos de sí mismos, saciaban el apetito de bebida y comida en tanto que discutían ya los planes de asalto, considerando la victoria asegurada. De entre ellos, ocupaban un lugar preferente los dos héroes cuyo coraje propiciaba el jolgorio, a quienes había pedido el comandante supremo que se sentaran entre él y su hermano. Desde su sitial espiaba Ulises a Palamedes con impaciencia mientras devoraba su porción de asado. Llegado cierto momento, vieron todos que se levantaba el enorme Agamenón de Micenas y ofrecía la copa a los cielos.

—¡Amigos! ¿Qué otros hombres habría entre nosotros que, confiados a su bizarría, fueran capaces de internarse en la casa misma de los opulentos troyanos para robarles su bien más preciado y luego regresaran inmunes? ¡Enorme es su gloria sobre la Tierra entre todas las gentes! —Alzaron todos los presentes un jaleo de voces, patadas en el suelo y golpes de copas y escudillas para mostrar su aprobación—. Que cada uno de los paladines que mandan en las naves sin excepción los tenga por siempre como invitados de honor en todos los banquetes y los festines y prepare para ellos los magníficos regalos que ahora os diré…

Así iba a anunciar cuando quedó mudo de golpe y se abrieron sus ojos llenos de estupor, fijándose en la parte del ágora en que se hallaban los altares, de donde llegaban gritos de confusión y espanto. Al volverse los jefes hacia allí, quedaron

todos sin aliento, incapaces de creer lo que estaban viendo. Se puso en pie Calcante, arrancado de su asiento por el asombro, y, elevando los brazos, murmuró plegarias a lo alto.

El Paladio irradiaba una luminiscencia intensa e iba separándose del pedestal y alejándose del suelo. Un nimbo esférico cuya vibración hacía trepidar el altar se formaba a su alrededor. Se mantuvo en el aire, por encima de las cabezas de los mortales, que huían en tumulto empavorecido, mientras el tremolar fue penetrando en los huesos de todos los presentes, que sentían como si, precipitándose sobre ellos, estuviera a punto de pasarles por encima la hueste troyana al completo, con todos sus aliados, montados en miles de carros de bronce y sus recios corceles. Cuando la agitación se hizo insoportable, fueron muchos los que cayeron al suelo, sangrándoles los oídos. Solo entonces descendió la efigie de Palas sobre el pedestal, donde se apoyó desigualmente, quedando inclinada, de manera que parecía que pretendía bajar. Detenida al fin en esa posición, comenzó a manar de su cabeza, de su espalda y de sus manos un líquido incoloro y fluido que despedía un fuerte olor salino, como el que levanta el viento de las aguas en alta mar.

En el caos que vino a continuación, corrieron los griegos en todas direcciones para alejarse del ágora, muertos de miedo, maldiciendo a quienes habían llevado aquella estatua maldita al campamento.

◇◇◇

Lucía sobre las aguas negras, quebrada en innúmeras chispas, la luna argentina. Muy lejos mar adentro relampagueaba una tormenta terrible de la que llegaba al campamento un

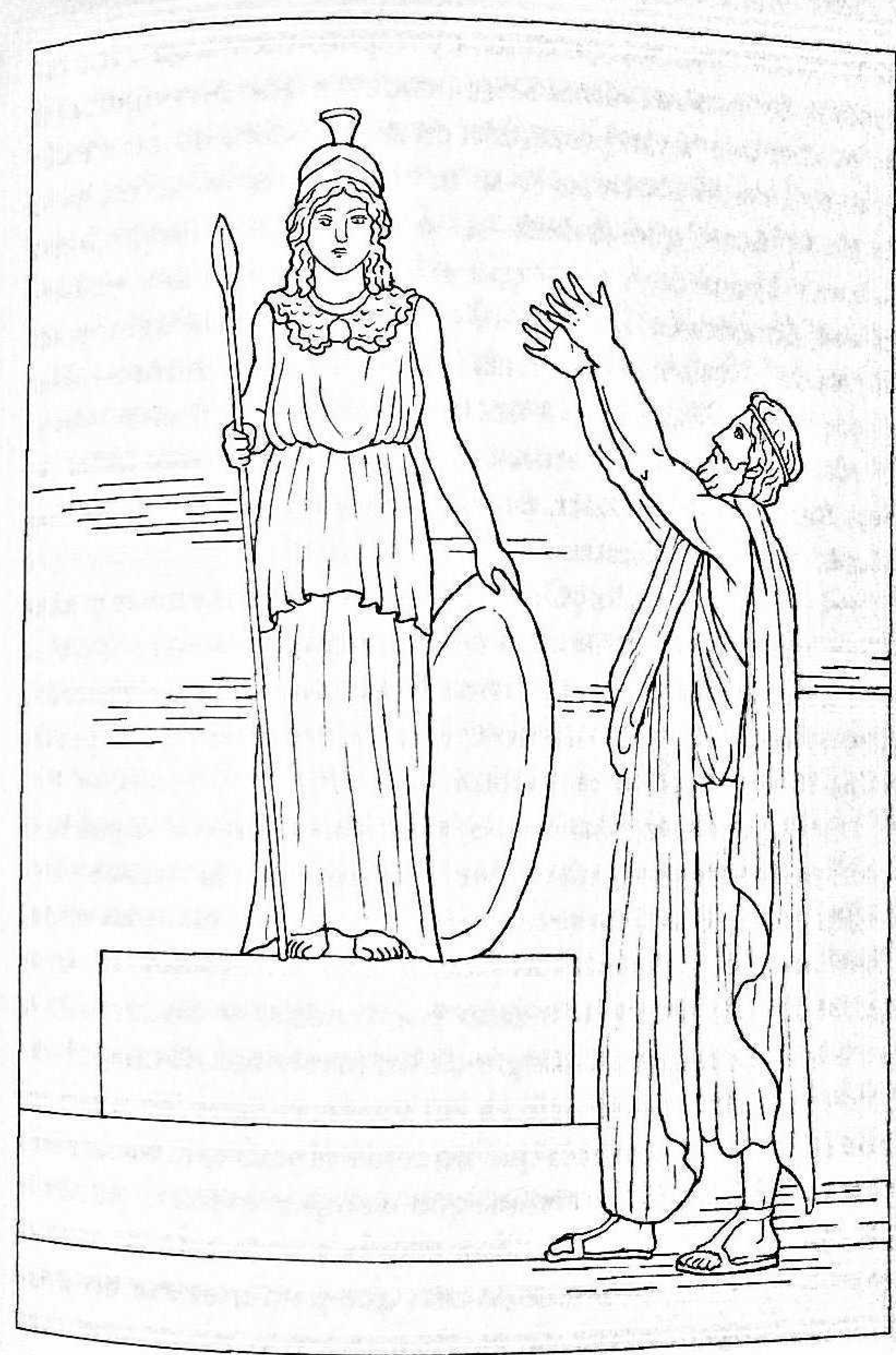
viento henchido de un olor pestífero, como de algas putrefactas, por culpa del cual no lograban los griegos conciliar el dulce sueño en sus lechos y se les llenaba la imaginación de visiones opresivas.

Salió Ulises de su tienda sin particular premura en respuesta a la llamada intempestiva que había recibido y, protegiéndose con el quitón del brusco frío, echó a andar por las callejuelas. Cuando entró en el barco de Agamenón, halló a todos los caudillos reunidos en consejo, sin faltar ni uno. Acababa de intervenir Palamedes ante ellos, pero calló al ver que llegaba el de Ítaca, de modo que se hizo un silencio incómodo durante el cual tanto miraban unos de soslayo como otros evitaban mirar a ningún lado. Como Diomedes ya se encontraba allí, Ulises tomó asiento a su lado, pues observó que estaba abatido y con la vista clavada en tierra. Tomó la palabra el adivino Calcante:

—Es claro el enojo de la hija de Zeus, la de claros ojos. En nuestro loco orgullo, no nos hemos preocupado del castigo de los dioses, y, sin ser culpables de nada, hemos perdido lo que buscábamos. ¿Qué ultraje hemos cometido? Eso no lo puedo decir, y, sin conocer la naturaleza del estupro, es imposible repararlo.

Así habló, dejando a Ulises sumido en la inquietud, la misma que vencía a Diomedes. Llamó entonces la atención del itacense que Palamedes volvía a levantarse, tal vez para continuar lo que había estado diciendo:

—¿Qué loco se atrevería a amonestar la bravura de nuestros mayores héroes? Yo mismo lo cogería por el cuello y lo arrastraría al centro de la asamblea para apalearlo. Mejor trato no merecería. Por ello, como no quiero ser reo del mismo



Calcante proclamó que el claro enojo de Atenea anunciaba funestas consecuencias.

delito que denuncio, con cautela y respeto me dirijo a los favoritos de nuestro ánimo. Sería prudente que nos dijeran si es posible que hayan procedido en su aventura de tal modo que la diosa lo aborrezca y se haya despertado su rechazo hacia nosotros, que éramos sus protegidos. —Llegó hasta Ulises y Diomedes y se dirigió abiertamente a ellos—: Declarad, campeones del Paladio, y hacedlo sin ambages, pues nunca caeréis de nuestra gracia, ya que tal cosa es imposible: ¿habéis vertido sangre esta noche?

Alzó el rostro con sorpresa Ulises al ser interpelado de una forma, a su entender, tan absurda y respondió al punto, dando aire a su molestia.

—La hemos vertido. ¿Cómo, si no, es posible entrar y salir a salvo de una plaza enemiga con su mayor tesoro?

Siguió a sus palabras el murmullo de anuencia de los jefes, pero murió tan pronto como Calcante, movido por la preocupación, se revolvió en su sitio.

—¿Os purificasteis antes de hollar la mansión sagrada o pusisteis manos inmundas sobre la imagen de la diosa?

Se congeló el ambiente tras resonar la pregunta en las tripas del barco. Por un momento pareció que el frío del exterior penetraba con su soplo helado por rendijas y oquedades y convertía en escarcha la sangre de los presentes. Al comprender Ulises que se enfrentaba a un interrogatorio, se puso en pie, arrebatado. Bien sabía que no tenía objeto que recurriera a la autoridad de Agamenón, que siempre evitaría ponerse en evidencia ante los caudillos, ni a la amistad de Menelao, porque nunca le había servido más que para meterse en problemas. En pie delante de él, Palamedes lo observaba con jactancia. Rugió Ulises, encarándose a su enemigo:

—¡Que corra a sus naves y vuelva a casa con el rabo entre las piernas quien crea que, por mi culpa, nos encontramos en falta! Saludo su fortuna, porque al final de la guerra estará con vida. Por lo que a mí respecta, no abandonaré estas costas hasta que haya caído Troya, para lo cual tengo por segura la ayuda de mi protectora.

Tal diciendo, les dio a todos la espalda y se fue por donde había venido, dejando atrás miradas cruzadas que, luego, indecisas, se volvían a Palamedes, en quien advertían de pronto una expresión siniestra en la que nunca antes habían reparado.

◇◇

Sucedió entonces que envolvió el campamento heleno una larga noche borrascosa que se prolongó durante varias jornadas por causa de las nubes negras que se amontonaban en anuncio del cambio de tiempo. En aquellos días oscuros, les brotaba a los griegos el desasosiego de lo más hondo de las entrañas y les dolía muy adentro, igual que si se hallasen enfermos por un mal alimento. Temían el otoño —porque traería el barro y el frío y haría la vida más difícil— y aguardaban el amanecer con esperanza, sin embargo, al renovarse cada día sin luz, les volvían las congojas.

Pero no llegó a descargar la tormenta, sino que por fin despuntó un día soleado y feliz, el cielo limpio de nubarrones, y salieron los guerreros ansiosos de sus tiendas, convencidos de que habían atravesado un túnel asfixiante que ya quedaba atrás. No tardó en correr el rumor de que pronto se reanudarían los combates, pero, como nadie tenía nada por cierto, se ocuparon los helenos compitiendo unos con

otros sobre la arena por buenos premios en el lanzamiento de disco y de jabalina y midieron sus fuerzas en el pugilato y en la lucha cuerpo a cuerpo para aliviar sus tiranteces. Por fin hallaron los griegos aquella noche en el profundo sueño un tónico para sus inquietudes.

No todos, sin embargo, lograron el descanso. El grato sueño no se posaba en los ojos de Ulises de Ítaca, así que este permanecía sentado junto al fuego en su tienda con las armas a su lado —el escudo, las dos lanzas y el reluciente yelmo—, pues, no habiéndose resuelto aún su desencuentro con los jefes, no estaba dispuesto a rendirse fácilmente en caso de que decidieran para él un mal desenlace. Abismado en sus pensamientos, escrutaba la combustión de las ascuas en el pequeño hogar cuando recibió el anuncio de una visita del todo inesperada. Dando orden de que la hicieran pasar sin dilación, se puso en pie para aguardar su llegada. No tardó en abrirse la cortina y en cruzar la puerta Agamenón de Micenas con la espalda cubierta por la rojiza piel de un león fogoso y corpulento que le llegaba hasta los pies. Una molesta pesadez lo agobiaba, pues tampoco a él le cerraba el sueño los párpados desde hacía muchos días. Hizo sonar su grave voz el comandante supremo:

—Es la agudeza de tu inteligencia el arma más peligrosa que existe, Ulises; lo demuestran los muchos males que has imaginado contra los troyanos. De ahí vienen los recelos de quienes son menos brillantes. Pero es incuestionable que tus proezas han evitado cuitas largas y pertinaces a este ejército y que es su protección lo que ocupa en todo momento tus mientes. A mí y a Menelao nos hace falta un consejo provechoso capaz de salvarlo de nuevo ahora que es incierto de

qué lado va a inclinarse el favor de los eternos. ¿Estás presto a acompañarme o también hemos perdido el apoyo del más astuto de los nuestros?

Sintiéndose aliviado por las palabras del gran soberano, le abrió el corazón Ulises para responderle:

—Glorioso pastor de hombres, me turban la guerra y los muchos lutos, pero, sin duda, a ti te han hundido más que a nadie en fatigas incesantes. Mientras quede aliento en mi pecho y mis rodillas puedan moverse, no cejaré en buscar el fin de la lucha y la salvación de los nuestros, pues de otro modo es imposible que mi alma halle reposo. Te acompaño sin vacilar, porque tengo la convicción de que hemos llegado a un trance intolerable y que es obligado resolverlo.

Tras hablar así, salieron por la parte de atrás, procurando no ser vistos, y fueron en busca de Menelao, al que encontraron fuera de su tienda esperándolos con una antorcha. Juntos los tres ascendieron las calles dormidas en dirección a la puerta de la empalizada. Armados con fornidas picas y abrochados al cuello mantos purpúreos, dobles y desplegables, con lanudas guedejas floreando los bordes, partieron del campamento tras mandar a los centinelas que no revelaran a nadie su marcha. Con extrañeza contempló la guarnición del perímetro defensivo, toda apostada con las armas, cómo desaparecía la luz de la antorcha en la tenebrosa espesura del bosque.

No las tenía Ulises todas consigo mientras avanzaban en fila a través de la noche, con Menelao abriendo camino y Agamenón cerrando la comitiva. Según veía el itacense las llamas bailotear en el extremo de la antorcha y proyectar tortuosas figuras en las copas de los árboles, iba naciendo en

su interior el temor de que se dirigiera a una celada. Podía sentir el aliento cargado del de Micenas a su espalda y de tanto en cuanto se giraba para comprobar que la pica seguía en sus manos meramente a modo de bastón y que su punta encastrada con agudo bronce no bajaba a entregarle la ruina.

Se detuvieron finalmente en un claro, aquel donde el gran Héctor desistió de continuar la matanza de griegos al cubrirle la noche durante el ataque troyano al campamento que sucedió en el tiempo de la cólera de Aquiles. En ese lugar sobresalían grandes rocas del suelo y aprovecharon su mole para encender una hoguera que quedara oculta a la vista. Cuando el fuego estuvo dispuesto, pidió Agamenón que todos tomasen asiento a su vera. Entonces mostró que llevaba consigo un pequeño retal de piel de cabra, que puso en manos de Ulises. Lo abrió el rey de Ítaca y descubrió con pasmo que el interior estaba pintado con inscripciones, aquellas que Palamedes tan sabiamente utilizaba.

—Lo hallamos en poder de un prisionero troyano que intentaba escapar —le dijo Menelao—. No fue posible interrogarlo: la guarnición tiene orden de impedir toda fuga.

Se inclinó hacia Ulises el soberano de Micenas.

—Fecundo en ardides, pocos son quienes verdaderamente tienen nuestra confianza, y, entre ellos, tú eres el único que es capaz de decir qué representan estos signos.

Ulises estudió los trazos, aquellos símbolos que figuraban ideas, pero también sonidos que en combinación componían palabras. Se había interesado por ellos desde el principio de la guerra al ver los diestros usos que les daban los eubeos y todos quienes conocían su significado. Repasándolos una y otra vez, suspiró con amargura. Percibía los ojos ansiosos de

los monarcas clavados en los suyos, admirados por la desenvoltura con la cual se movían sus pupilas sobre aquellos dibujos que para ellos eran desatinados. Cuando alzó la cabeza, los halló ávidos de saber lo mismo que él. Se congratuló para sus adentros el itacense al verlos a su merced.

—Reconozco vagamente algunos de estos signos. No todos son dibujos de objetos, sino que algunos representan sonidos que hay que pronunciar en ligazón —explicó, y luego señaló lo que podía entender—: O-ro. Pe-re-cio. Pac-to... —Calló un momento con la garganta seca, que tuvo que humedecer tragando dolorosamente para pronunciar la última palabra—: Pi-ri-a-mo.

Se hizo el silencio entre ellos cuando, habiendo acabado de leer, se miraron unos a otros. La intensidad de aquel mutismo agitó a Ulises, pues notaba en sus adentros cuan violentamente ardían los corazones de los monarcas de Esparta y Micenas tras escuchar el contenido del mensaje escrito con los signos de Palamedes.

◊◊◊

Yacía en mullida cama dentro de su tienda el príncipe de Eubea cuando lo despertaron las voces destempladas que daban los suyos a la entrada. Echándose aprisa la túnica en torno al cuerpo, salió de la pieza en que dormía a tiempo de ver que irrumpía sin miramientos en la estancia que hacía de gran salón una compaña formada por Menelao de Esparta, Ulises de Ítaca y otros esforzados guerreros, a la que su guardia había dado acceso no sin resistencia y forzada por la autoridad que los investía. Bien erguido y con la cabeza en alto se enfrentó a ellos Palamedes, diciendo:

—¿Qué he de temer de este asalto deshonroso?

—Nada has de temer si nada escondes que sea reprobable —respondió Menelao con rostro fiero, y luego dio orden a Ulises de que iniciase el registro.

El de Ítaca repartió a los escoltas aquí y allá para que revolviesen la pieza y, llamando a un par de ellos, se dirigió él mismo a las estancias interiores, separadas por cortinas. Mientras alrededor de Palamedes se tumbaban los muebles y se abrían todos los arcones, seguía él en pie frente a Menelao, aguantando el desafío. Los fieles eubeos que lo habían acompañado desde su isla, en la que reinaba el justo rey Nauplio, observaban apiñados a la entrada con el alma en vilo, sin entender lo que sucedía.

Al poco regresó Ulises del interior portando un fino odre de cuero de buey. Después de destaparlo, lo tiró a los pies de Palamedes con desprecio, y entonces, a la vista de todos, se descubrió que, en lugar de vino, estaba relleno de monedas de oro, que tintinearon muy ruidosamente y algunas se desparramaron por el suelo. A nadie escapó que se trataba de oro troyano, el mismo que había corrido por la Tróade en tiempos de paz, antes de que los griegos quebrantasen el comercio, el mismo que todos ellos se llevaban en los saqueos de las ciudades vecinas, el mismo con que el rey Príamo recompensaba a sus aliados.

Viendo tantos rostros incrustados en él con expresión sombría, incluso los de los suyos, el príncipe de Eubea enrojeció arrebatado de indignación. Con más saña que ninguno lo miraba Ulises de Ítaca y enseguida entendió Palamedes que el brillo que chispeaba en sus ojos no significaba lo mismo que el de los otros, decepción y enojo, sino algo más

íntimo, algo patético y feliz al mismo tiempo: la satisfacción de la venganza. Rugió Menelao que se lo llevasen preso de inmediato y, mientras ya caían sobre él las manos toscas de sus captores y lo doblegaban, quedó atrapado el eubeo en el abrazo espeso de la sangre que veía en los ojos de Ulises, en cuyo interior flotaba la imagen de Penélope aullando de desesperación al serle arrebatado su hijo de los brazos, y donde sollozaba presa del terror el pequeño Telémaco con apenas un año al verse arrojado a la muerte, donde se doblaban las rodillas temblorosas del viejo Laertes y caía al suelo ante la peor desgracia que imaginar podía. Ya en la puerta, donde los desconcertados eubeos se hacían a un lado para dejar pasar a su príncipe traidor, pronunció Palamedes, hundido en aquellos ojos, las que serían sus últimas palabras:

—Alégrate, Verdad, tú has muerto antes que yo.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Guiado como está por el convencimiento de que el fin justifica los medios, el astuto Ulises es un personaje con sus luces y sus sombras. Su odio a Palamedes, en el que sin duda subyacen los celos de una inteligencia en nada inferior a la suya, es la mejor muestra de ello.

Desde la Antigüedad, Ulises ha sido considerado el héroe astuto por excelencia. Basta ver los epítetos que se le dedican en la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero (siglo VIII a. C.) para comprobar hasta qué punto es así: «muy ingenioso» o «rico en ingenios», «émulo de Zeus en ingenio», «experto en tretas» o «de muchas tretas» (este compartido con el dios Hermes), «fecundo en ardides», «el muy paciente». A ellos se suman otros que, por su carácter genérico, bien pueden ser compartidos por otros héroes, como «divino» o «saqueador de ciudades». Pero la idea que se quiere transmitir es clara: si Aquiles representa el arquetipo heroico tradicional, aquel que todo lo fía en el vigor de su brazo, su espada y su lanza, Ulises, sin desdeñar la fuerza bruta, prefiere recurrir a aquello que distingue al ser humano del resto de los seres vivos, esto es, la capacidad de pensar y razonar, que en él siempre va unida a la astucia.

El de Ítaca, por tanto, anuncia un nuevo estereotipo de héroe más reconociblemente humano. No obstante, y a pesar de la admi-

ración que pueda provocarnos el ingenio con que supera todas las adversidades que le salen al paso en su largo viaje de regreso al hogar (los episodios del cíclope Polifemo o de las sirenas son ilustrativos al respecto), Ulises tiene también su lado oscuro e inquietante, pues esa capacidad para inventar lo hace ducho en la mentira y la manipulación, y no siempre con fines honestos u honrosos. Su conflictiva relación con Palamedes es el mejor ejemplo de ello.

UN BENEFACTOR DE LA HUMANIDAD

El hijo de Nauplio no aparece en las epopeyas homéricas, aunque sí en el primero de los poemas que constituían el ciclo troyano, *Ciprias*, hoy perdido, pero cuyo argumento se conoce gracias al resumen que de él hizo en su *Crestomatía* el filósofo neoplatónico Proclo (412-485). También se halla en obras mitográficas como la *Biblioteca mitológica*, atribuida al griego Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.), o las *Fábulas* del latino Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.). Palamedes era la horma del zapato de Ulises, alguien tan inteligente como él y no menos astuto para descubrir las artimañas de los demás. Pero hay algo que diferencia las cualidades de uno y otro: el de Ítaca las usa casi siempre para su propio beneficio, sea para obtener lo que busca, sea para, simplemente, sobrevivir. Palamedes, en cambio, las pone al servicio de la comunidad. En este sentido, es un benefactor, lo que lo acerca a figuras como la del titán Prometeo, el constructor Dédalo o el fundador fenicio de Tebas, Cadmo, a quien se atribuye la invención de la escritura. En un texto titulado *Defensa de Palamedes*, el sofista Gorgias (h. 485-380 a.C.) hace que sea el propio personaje quien haga una completa exposición de sus méritos: «Podría afirmar y, al afirmarlo, no mentiría ni podría ser desmentido [...] que soy un

insigne benefactor de los griegos y de toda la humanidad, no solo de la presente, sino también de la futura. ¿Quién habría podido convertir, desde su anterior desvalimiento, en rica la vida humana y en ordenada de su prístino desorden, inventando tácticas bélicas, un medio eficacísimo para el dominio de otros; leyes escritas, guardianes de la justicia; las letras, instrumento del recuerdo; medidas y pesos, útiles medios de intercambio en el comercio; el número, custodio del dinero; las antorchas, poderosos y velocísimos mensajeros; los dados, inocente medio de diversión?». Demasiado para un Ulises que tampoco perdonó nunca a Palamedes que lo hubiera obligado a ir a la guerra de Troya. Consecuentemente, no paró hasta aniquilarlo, aunque fuera mediante un ardid tan vil como el de acusarlo en falso.

Palamedes no es el único personaje con razones para estar resentido con el hijo de Laertes. Otro es Áyax, el gran paladín aqueo que se quitó la vida después de que Ulises, con su facilidad para engatusar, se hiciera con las armas de Aquiles. Y otro más es Filoctetes, el arquero abandonado en una isla desierta por el de Ítaca y los reyes Agamenón y Menelao. En la tragedia de Sófocles (496-406 a.C.) que lleva su nombre, el autor no ahorra en improperios: «El más impúdico y el más vil de los hombres», «tú, en quien sanos o nobles sentimientos no existen», «alma mala, que siempre en los rincones acecha», «el más impío»... Está visto que la astucia de Ulises no siempre es bien entendida, ni siquiera entre los de su propio bando.

UN ULISES PRAGMÁTICO Y AMORAL

Los episodios contenidos en este volumen no aparecen en la *Ilíada* ni en la *Odisea*. En el primero de esos poemas, sin embargo, hay una escena, la del robo de los caballos de Reso del canto X, que parece

Palamedes se defiende

Algunos filósofos, como Platón (427-347 a. C.) o Aristóteles (384-322 a. C.), han hecho que los sofistas disfruten históricamente de escasa reputación. El término, aunque derivado del griego *sophós* («sabio»), se ha convertido en sinónimo de alguien que, gracias a su elocuencia, es capaz de desarrollar cualquier razonamiento sin importarle que sea verdadero o falso, ético o inmoral. Lo que busca es la forma, la brillantez de la exposición por encima del contenido. Y en eso, hay que reconocerlo, los sofistas fueron auténticos maestros. Una muestra de ese talento expositivo se halla en la *Defensa de Palamedes* compuesta por Gorgias, un discurso en el que el propio hijo de Nauplio toma la palabra para responder a la acusación de traición urdida por Ulises. En él, Palamedes se pregunta si su enemigo es «un hombre excelente» que solo mira por los intereses de su patria, o «un hombre abyecto» que urdió su acusación contra él «movido por la envidia, la intriga o la maldad». La respuesta, aunque nunca se haga explícita, se evidencia en la encendida defensa que Palamedes hace de su inocencia a través de dos argumentos que expone largamente, a saber: «que, ni, si hubiese querido, habría podido, ni, si hubiese podido, habría querido cometer tales acciones». También en el desdén que expresa hacia su acusador: «Aunque puedo, a mi vez, formular acusaciones contra ti por tus muchos y graves crímenes, antiguos y recientes, no quiero hacerlo. Porque quiero salir de esta acusación no por tus crímenes, sino por mis méritos. Eso era todo contigo».

haber servido de inspiración para la del robo del Paladio que llevan a cabo Ulises y Diomedes. El mitógrafo Conón (siglo I a.C.) la refiere en su obra *Narraciones*, donde de nuevo Ulises muestra esa cara más oscura y traicionera al intentar matar a su compañero por celos de que sea él, que es quien ha entrado en el templo donde se guardaba la sagrada estatua, quien se lleve toda la gloria de la acción. Esta vez, sin embargo, no consigue salirse con la suya, pues Diomedes, que lo conoce muy bien, está prevenido, lo desarma y, después de reprocharle su vileza, lo conduce al campamento aqueo golpeándole en los riñones con la espada. «De aquí el proverbio tan conocido de los griegos "la ley de Diomedes", que se dice a propósito de aquellos que se ven forzados a hacer alguna cosa contra su voluntad», concluye Conón.

Ulises aparece también en numerosas tragedias inspiradas en el ciclo troyano, caracterizado a veces como un héroe piadoso, por ejemplo, en el *Áyax* de Sófocles, otras, como un ser sin escrúpulos, como en la *Hécuba* de Eurípides (484-406 a. C.). En el ya mencionado *Filoctetes* de Sófocles aparece más artero, pragmático y amoral que nunca, además de jactancioso y ciertamente falto de valor físico. Es todo lo contrario que el inexperto Neoptólemo, quien a pesar de su juventud se muestra como un digno hijo de Aquiles, una alegre máquina de matar acostumbrada a coger por la fuerza lo que quiere. Por ello, los engaños que el de Ítaca urde para llevar a Filoctetes hasta Troya solo le provocan repugnancia. Ulises, que lo sabe, le dice en un incomparable alarde de cinismo: «Sé muy bien que tú no eres por tu naturaleza quien tales cosas diga ni tales mañas urda, mas, pues es agradable conseguir la victoria, resígnate: seremos honestos otra vez». Al final, la honestidad de Neoptólemo está a punto de dar al traste con todo y tiene que ser la aparición como *deus ex machina* del antiguo compañero de aventuras de Filoctetes, Hércules, la que lleve a feliz término la expedición.



Este lécito ático (tipo de recipiente para líquidos alargado y de cuerpo estrecho) de figuras rojas muestra a Filoctetes en la soledad de la isla de Lemnos. El carcaj y el arco de Hércules, imprescindible para la toma de Troya, quedan a su lado. La pieza, conservada en el Metropolitan Museum de Nueva York, está datada hacia 420 a.C. Unos años más tarde, en 409 a.C., Sófocles dio a conocer su tragedia sobre el personaje.

Los episodios del reclutamiento de Neoptólemo en Esciros y de Filoctetes en Lemnos, así como el de la muerte de Paris a manos de este último, aparecen en el poema épico *Posthoméricas* o *Continuación de Homero*, compuesto por Quinto de Esmirna (siglo III d.C.) para cubrir los hechos que suceden entre el final de la *Ilíada* y el principio de la *Odisea*. El verso, el lenguaje, las comparaciones, la descripción de los combates..., todo es homérico, aunque bien es cierto que falta esa fuerza bárbara y con sabor de auténtico de la épica antigua. A diferencia de la obra de Sófocles, los encargados de ir a buscar aquí a Filoctetes son Diomedes y Ulises, quien tampoco tiene que recurrir a artimaña alguna para convencer al arquero. Le basta con su facilidad de palabra y con mostrar un poco de piedad hacia el abandonado héroe. Eso sí, una vez curado y lanzado al combate, Filoctetes se muestra especialmente mortífero con sus dardos, lo mismo que Neoptólemo con su lanza y su espada. Paris es uno de los que cae, no sin que antes el hijo de Peante le advierta con fuerza: «¡Oh, perro! ¡Qué golpe mortal, aniquilador te voy yo a dar, puesto que ansías medirte conmigo! Podrán así recobrar el aliento todos los

que por tu culpa son diezmados en esta perniciosa guerra, pues el fin de la masacre llegará al morir tú aquí, porque eres el causante de sus desgracias». Herido, Paris huye de un campo de batalla en el que «yacía cadáver sobre cadáver, en masa, como gotas de lluvia, o granizo, o copos de nieve». Su primera esposa, la ninfa Enone, la única que podría haberlo salvado, se niega a ello: «Vete de mi casa —le dice— y vuelve con Helena: de ella necesitas para que arrulle tu tristeza día y noche en su cama, traspasado como estás por ese funesto dolor, hasta que te alivie de tus aciagos tormentos».

LA DIATRIBA DE ÁYAX

En la literatura latina, el poema *Metamorfosis* de Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) traza una visión harto desoladora del rey de Ítaca. En un largo parlamento que hace Áyax en el libro XIII le echa en cara que sea de la progenie de Sísifo, el engañador por antonomasia, y también que sus hazañas (el robo de los caballos de Reso, el del Paladio) las haya llevado a cabo al amparo de la noche y siempre con la ayuda de Diomedes. Áyax recuerda asimismo que por su causa Filoctetes fue abandonado en Lemnos. «Pero al menos él vive —recuerda—, porque no acompañó a Ulises; también el infortunado Palamedes hubiera preferido que lo dejaran abandonado: viviría, o cuando menos habría tenido una muerte sin deshonor. Ulises, acordándose bien de cómo aquel desveló su falsa locura, lo acusó de traicionar la causa de los dánaos, y probó su calumnia mostrando un oro que él mismo había enterrado previamente. Así, con el exilio o con la muerte, ha debilitado a los aqueos; de esta guisa combate Ulises, así es como hay que temerlo.»

Cuando le llega al hijo de Laertes el turno de defenderse, lo hace con su proverbial elocuencia: si el gran caudillo troyano Héctor murió fue

gracias a que él supo con su astucia sacar de su escondite en Esciros a Aquiles. Además, sabe tender emboscadas, alienta a los griegos a sobrellevar el hastío de la guerra, procura consejos a quien los necesita... En cuanto al asunto de Palamedes, una vez más aflora el Ulises más cínico: «¿Es que acusar a Palamedes en falso va a resultar deshonroso para mí, y en cambio honorable para vosotros condenarlo?». Resulta evidente leyendo estos versos que los romanos, que se consideraban descendientes, a través de Eneas, de los troyanos, no perdonaban al de Ítaca que hubiera sido el inspirador de la treta del caballo de madera que supuso la caída de la ciudad.

Los escritores modernos se han decantado más por el Ulises de la *Odisea* que por estos episodios. Hay, no obstante, una excepción y es el de Filoctetes. Partiendo de la tragedia homónima de Sófocles, el francés André Gide (1869-1951) escribió su propio *Filoctetes*. Todo en él sigue el texto clásico excepto el final, pues el héroe resta aquí en Lemnos, si bien cede voluntariamente su arco a Neoptólemo. Filoctetes representa para Gide la virtud del sacrificio, mientras que el hijo de Aquiles es la imagen del honor y la honestidad, y Ulises, la del deber y el patriotismo. En 1990, otro premio Nobel de Literatura, el irlandés Seamus Heaney (1939-2013), estrenó *La curación en Troya*, una adaptación de Sófocles enriquecida y actualizada con referencias al régimen de *apartheid* de Sudáfrica y su preso más famoso, Nelson Mandela.

EL ROBO DE LA ESTATUA DE ATENEA

Con su combinación de episodios aventureros y fantásticos, la *Odisea* ha sido la gran fuente en la que se han inspirado los artistas que se han acercado a Ulises. Fuera de ese poema, uno de los episodios más reproducidos es el del robo de la estatua de Atenea

por el de Ítaca y su inseparable Diomedes. Un enócoe (jarra para vino) de figuras rojas de Apulia de mediados del siglo IV a.C. es un ejemplo de ello. Otro tema que fue tratado en numerosas ocasiones por los artistas antiguos es el de Ulises descubriendo a Aquiles en Esciros. Mosaicos hallados en localidades como Zeugma (Turquía) o Susa (Túnez) o frescos pompeyanos, como los de la Casa de los Dioscuros son un ejemplo de ello. La popularidad de este último motivo se ha mantenido en la época moderna, así lo prueban las pinturas de artistas como Artemisia Gentileschi (1593-1654), Nicolas Poussin (1594-1665), Anton van Dyck (1599-1641), Jan de Bray (1627-1697) o Gérard de Lairesse (1641-1711). El italiano Giovanni Battista Gamberini (1819-1896), por su parte, recuperó en el siglo XIX el tema de Ulises y Diomedes escapando de Troya con la estatua de Atenea.

En el Neoclasicismo, el interés despertado por el *Filoctetes* de Sófocles dio lugar a obras de James Barry (1741-1806), Nikolai Abraham Abildgaard (1743-1809) y Jean Germain Drouais (1763-1788), seguidas, ya en el Romanticismo, por las de Francesco Hayez (1791-1882). Mientras que todos estos pintores se centran en el personaje del compañero de Hércules, François-Xavier Fabre (1766-1837) se acerca más al espíritu de la tragedia sofoclea para plasmar la escena en que Ulises intenta conducir a Neoptólemo hacia su nave, una vez este le ha arrebatado a Filoctetes el arco y las flechas.

En cuanto a Palamedes, escasa ha sido su repercusión en la historia del arte. En su *Palamedes y Ulises*, el italiano Antonio Zanchi (1631-1722) representó cómo el primero desenmascaró al segundo en Ítaca mediante el pequeño Telémaco. En una obra juvenil, el holandés Rembrandt van Rijn (1606-1669) abordó el juicio de Palamedes ante Agamenón y el resto de reyes griegos. En época neoclásica, el escultor Antonio Canova (1757-1822) mostró al hijo de Nauplio más como un apolíneo guerrero que como un sabio benefactor de la humanidad.





Arriba, Palamedes ante Agamenón *(Museo De Lakenhal, de Leiden), obra de Rembrandt que se acercaba así al tema mitológico, aunque, como era propio en la Holanda de la época, con escaso afán de fidelidad a las fuentes clásicas. A la izquierda,* Diomedes y Ulises robando el Paladio *(Colección Brera de Milán), de Gamberini, pintura que recrea el momento en el que los dos héroes abandonan el templo de Atenea en Troya para regresar al campamento griego.*

Igual que los artistas plásticos, los compositores han sido poco dados a abordar otras aventuras de Ulises diferentes a las de la *Odisea*. La excepción es el episodio de la búsqueda de Aquiles entre las mujeres de la corte del rey Licomedes. Así, entre mediados del siglo XVII y principios del siglo XIX el asunto inspiró una treintena de óperas, la mayoría de ellas sobre el libreto *Aquiles en Esciros*, de Pietro Metastasio (1698-1782), al que pusieron música, entre otros, los italianos Antonio Caldara (1670-1736), Domenico Sarro (1679-1744) y Niccolò Jommelli (1714-1774), o el alemán Johann Adolph Hasse (1699-1783), todos ellos representantes de la ópera seria italiana, un género caracterizado por su rigidez estructural y la preponderancia del virtuosismo vocal sobre los aspectos teatrales o el dibujo de los personajes. Al mismo pertenece también la que, sin duda, es la ópera más famosa de todas las que tratan este asunto, la *Deidamia* del alemán Georg Friedrich Händel (1685-1759). Anterior a todas ellas es *La loca fingida*, de Francesco Sacrati (1605-1650), en la que el episodio mítico es tratado desde una perspectiva cómica y femenina. En ella, Deidamia, la amada de Aquiles, se finge loca para evitar que el hijo de Peleo abandone la isla y siga a Ulises a Troya.

Índice